

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis, et
justitie partes tuendas suscepistis....

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

Deumque, cuius causam agitis, rogamus ut vos in proposito confir-
met.—Pie IX al director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid 12 rs. al mes.—En Provincias 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los
comisionados, y 15 rs. al mes y 12 el trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs.—En Ultramar: 90
reales trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, Pelayo, 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias:
En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—París: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55,
rue Taitbout.—Manila: D. Francisco Zudaibe, Presbítero.—No se devuelve ningún manuscrito.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 6 DE OCTUBRE DE 1869.

SUSPENSION

DE LAS GARANTIAS CONSTITUCIONALES.

Casi dudábamos de que llegara á aprobarse la ley propuesta por el Sr. Sagasta sobre suspensión de garantías, porque, aun acostumbrados como estamos á todas las aberraciones y á todas las monstruosidades de la política moderna, fantaseábamos que el Gobierno dejaría pasar por lo menos los primeros ardores de la libertad, antes de cubrirla con el velo de la dictadura. Mas estaba de Dios que este velo no se había de apollar. Aquí, en este país abierto á todas las ambiciones largo tiempo há, solo el orden se apollaba. La anarquía y la dictadura, que son hermanas gemelas, campearán siempre gallardamente á merced de todos los aires liberales.

Treinta y cinco años de liberalismo llevamos en España, y bien echadas las cuentas, quizá no sean menos de veinticinco los que hemos vivido bajo el régimen dictatorial. Es regla sin excepción. Tras de una época más ó menos larga de licencia, viene irremisiblemente el estado de sitio, no como reacción, sino como una necesidad lógica que nace de los principios liberales.

Cuando en un Código político de los que en el día se usan se consignan ciertas garantías que parecen poner á cubierto de todo ataque las libertades—llamémoslas así—del individuo, es absolutamente necesario colocar al lado de aquellas garantías otra más fuerte aún que garantice, si no la autoridad, al menos el poder del Gobierno. Esta garantía es el derecho de suspender las otras, es el estado de sitio, es la dictadura ejercida por una espada que corte y trinche, como dalle en campo de trigo.

La necesidad de esta garantía prueba 1.º que las libertades no son ilegibles, como dicen los republicanos; 2.º que las libertades no bastan para hacer feliz á un país, como dicen los liberales avanzados, y 3.º que las libertades y el orden no pueden conciliarse, por más que digan los moderados.

No son ilegibles, porque se ponen á merced de un general que no solo las legisla, sino que las suprime, las pulveriza y las rebaja al nivel de pequeñas leyes reglamentarias que desaparecen con una pluma. No bastan para hacer la felicidad de un país, porque precisamente en los momentos de apuro, cuando la sociedad há menester más que nunca de todo el vigor de sus instituciones para vencer á los que las atacan, esas libertades se encierran en una arca de hierro, no por inútiles sino por peligrosas. No pueden conciliarse con el orden, porque además de que teóricamente el desorden moral no es sino dar al error lo que sólo pertenece á la verdad, históricamente está demostrado que donde quiera que esas libertades han holgado el orden ha huido y el despotismo se ha hecho de absoluta necesidad.

Estamos, pues, en el segundo período de todas las situaciones liberales: período que, llamado sarcásticamente extraordinario, es en el que ordinariamente se vive cuando ondea la bandera liberal.

La situación es una situación de pura fuerza. La estatua de la ley está cubierta. La voluntad del dictador es ley inapelable. Jamás en las monarquías cristianas sucedía otro tanto: no se imaginaba siquiera una situación social semejante.

Nosotros, enemigos encarnizados de todas las tiranías, ya procedan de abajo ó ya de arriba, nos hallamos hoy á merced completa del Gobierno del general Prim, que no puede ver en nosotros sino adversarios irreconciliables. Ignoramos absolutamente lo que nos es lícito escribir en estas circunstancias y lo que se nos prohíbe. Ni hay censor que nos impida violar la ley, ni hay juez ante el cual podamos apelar si por ventura somos víctimas de alguna persecución. Acaso la palabra más inocente que haya trazado nuestra pluma como expresión sincera del sentimiento más noble de nuestro corazón, será motivo para que el Gobierno descargue su cólera sobre nosotros. Acaso una frase injusta que se nos escape, pasará inadvertida para el Gobierno, y produzca en cambio alguna perturbación en los ánimos. Es decir, estamos sin ley, porque está la espada pendiente sobre nuestras cabezas; estamos sin orden, porque la autoridad ha trocado el severo carácter paternal que debe tener por el de árbitro de vidas y haciendas.

Somos cristianos, y amamos la libertad con todo el amor de nuestra alma; no la libertad que perturba y degrada, sino la que ordena y engrandece. Esa libertad, hoy como ayer violada, ayer con el nombre de licencia, hoy con el de dictadura, pone fuerza y valor en nuestros labios para decir al Gobierno: «Estamos en tus manos; haz de nosotros lo que quieras, ya que no nos dices lo que debemos hacer. Pero antes oye la palabra de la libertad cristiana. La espada que acabas de empuñar, no es aquella arma santa que sirve de amparo al débil y de dique al fuerte; es la cuchilla del ciego temor que hiere indistintamente al fuerte y al débil, al criminal y al inocente, y así se agita entre las sombras como entre la carne de la multitud. Mas teme que alguno de esos ciegos mandobles no vaya derecho á tu co-

razon, y caigas, bañado en tu propia sangre, cuando pensabas haber aniquilado ya á todos tus enemigos. El suicidio es el fin de todas las dictaduras.»

A consecuencia de la suspensión de las garantías constitucionales, acordada en la sesión de ayer, la minoría republicana se retiró del Congreso. Así lo declaró el señor Castelar.

Esta determinación no sorprenderá á nadie. Cuando los partidos liberales no ven, acuden siempre al retraimiento y después á la insurrección.

La retirada de la minoría se explica además por las circunstancias especiales del partido republicano. Levantado en armas contra el Gobierno, y puestos al frente de la insurrección no pocos de sus diputados, es un partido rebelde, que, según la frase parlamentaria, está fuera de la ley. ¿Qué hacen, pues, en las Cortes unos cuantos diputados aislados de su partido, y que por consiguiente nada representan hoy? El partido no quiere discusiones sino cañonazos, y en vez de buscar la lucha en el Parlamento, la provoca en los campos y ciudades.

Por otra parte, los diputados republicanos que asisten al Congreso, se ven impelidos por la gente ministerial á reprobación el movimiento de insurrección, ó á declararse cómplices del mismo. Ni una ni otra cosa quieren hacer. ¿Cómo reprobó lo que están haciendo todos sus compañeros y amigos? ¿No se aprovecharían, si posible les fuera, de su victoria una vez conseguida? Y ¿cómo defender á los insurrectos, cuando el Gobierno ha declarado que no discute en tal caso sino á tiros?

Ayer mismo el Sr. Topete dijo bastante ágramente al Sr. Garrido que al pedir la suspensión de garantías no se quería la proscripción del partido republicano, y añadió: «Pero hay que proscribir ciertos elementos que conspiran, no ya con las armas en la mano, sino tal vez desde esos bancos. Si, señores, desde el momento en que hay diputados que se declaran facciosos, tengo derecho para decir á S. S. que si está con ellos es faccioso también.»

¿Qué harán, pues, en el Congreso los diputados republicanos? Las Cortes quieren ser soberanas, y tienen por rebelde y faccioso á quien no acata sus disposiciones; y ellos les niegan el derecho de soberanía para dárselo al pueblo. Es imposible que se entiendan mayoría y minoría, y por eso, en estas críticas circunstancias, la minoría no puede estar en la Asamblea.

El general Prim rogó ayer, sin embargo á los republicanos que no se marcharan, porque «tendría que tratarlos como enemigos, y como enemigos que no tienen la inmundidad de diputados.»

El Sr. Castelar contestó que veía en las palabras del general Prim un consejo y una amenaza: si queda sólo el consejo, añadió, reunirá á mis amigos, si queda la amenaza, jamás.

El general Prim se calló.

La Iberia declara hoy en uno de sus artículos que solo un ministerio presidido por el marqués de los Castillejos y en el cual tiene el ramo de Gobernación Sagasta, «los mártires de la libertad, los espatirados, los condenados á muerte por la causa del progreso», podría inspirarle confianza en estos momentos en que están suspendidas las garantías constitucionales.

Un poco absoluta nos parece la afirmación del diario progresista, y no muy conforme á las doctrinas y prácticas liberales eso de confiar exclusivamente en dos personas. Además, cuando el ministerio se compone de individuos de tres fracciones, el citar solo á los de una como dignos de confianza, no es muy halagüeño para los de las otras.

Pero un segundo artículo, cabalmente inmediato al que acabamos de citar, nos explica el exclusivismo de La Iberia. Bajo el epígrafe de «No tenéis patria» dirige La Iberia una terrible flipea á los periódicos montpensieristas, por que cuando el país entero consagra toda su atención á la cuestión de orden público, ellos se ocupan casi exclusivamente en la cuestión personal de monarca, «aprovechando el presente caos, como el saltador la noche para recomendar, para exigir, para imponer, si esto le fuera posible, la coronación de su candidato.»

«¿Es noble esta conducta? pregunta La Iberia á los montpensieristas. ¿Es digna de almas españolas? ¿Acaso no tenéis más sistema, más patria ni más aspiración que vuestro ídolo?»

Cualquiera podrá sospechar por este lenguaje de La Iberia que unionistas y progresistas disimulan mucho la buena armonía que entre ellos reina.

Al paso que tal sucede entre unionistas y progresistas parece también que entre estos últimos hay alguna diferencia en la manera de apreciar las actuales circunstancias. De ello da testimonio El Universal, diario progresista, el cual no sabiendo cómo digerir la suspensión de garantías constitucionales, y receloso de que sus amigos incurran en el doctrinarismo, les da la siguiente voz de alerta:

«Piensen los progresistas, piensen los demócratas, piensen todos aquellos que aman la revolución y la libertad si es posible continúan mucho tiempo por el camino de las continen-

cias, y si no se levantan á cada paso inconvenientes y dificultades. Amamos y defendemos el orden; pero no queremos que á nombre de este principio se quiera concluir con una cosa que vale tanto como la paz. El doctrinarismo es la serpiente enroscada á esta situación democrática: si los hombres de la revolución tienen previsión y fuerza bastante para librarse de los lazos que con su astucia le vienen tendiendo, la revolución habrá ganado mucho; de lo contrario caeremos humillados y vencidos como ha sucedido tantas veces.

«Que los liberales lo entiendan y vivan advertidos.»

Entre tan diversas opiniones, y con la falta de unión que demuestra lo que llevamos dicho, ¿qué hará el Gobierno de las facultades extraordinarias que se le han concedido? ¿Podrá usar de ellas desembarazadamente sin grave riesgo de disgustar á unos ó á otros?

Según La Nación, aunque no es de esperar que los federales intenten promover un conflicto en Madrid, desde anoche dá la guardia, por disposición del Sr. Rivero, un batallón de voluntarios de la libertad en su cuartel de la Plaza Mayor.

Para La Política es indudable que se suspenderá la Asamblea, con la frase se avisará á domicilio, porque de lo contrario podrían leerse en ella las proclamas federales y los periódicos recogidos.

A este propósito recuerda un diario que en la misma forma suspendió el general Infante la Asamblea que en 1856 fué disuelta á cañonazos.

Acaso haya tenido presente Las Cortes esta circunstancia para decir á La Política que esa suspensión daría á la ley votada ayer todo el carácter de un golpe de Estado.

Según La Independencia española, diario que se dice tiene relaciones con el señor Ruiz Zorrilla, el país puede vivir tranquilo, porque el ministro de la Gobernación y el presidente del Consejo de ministros se hallan resueltos á no emigrar, ni dar ocasión á que emigren los liberales.

Invocando La Epoca los intereses de las clases conservadoras, se pone anoche de parte del Gobierno, á quien aplaude como podría hacerlo á un ministerio Miraflores.

Lo comprendemos; para nosotros tan revolucionaria es La Epoca como el actual ministerio, y tan conservador es el actual Gobierno como La Epoca.

Que no lo olviden los conservadores, cuyos intereses invoca La Epoca, y cuyas propiedades no han corrido todavía la suerte de algunas de Cataluña.

Y á propósito:

El Universal excita al Gobierno á que emprenda una marcha verdaderamente revolucionaria, y á que después de volver la tranquilidad al país sea «más liberal, más revolucionario que ayer.»

«Por fortuna, añade, hay hombres al frente de los negocios que se inspiran en estos sentimientos, y nos consta que no piensan ni desean otra cosa que desenvolver la revolución y preparar días de gloria á España.»

El general Prim es uno de ellos. Dejemos correr los sucesos, y veremos si son falsos ó verdaderos nuestros vaticinios.

Otro periódico ministerial, La Independencia Española, después de decir que es democrática de nacimiento y republicana de corazón, añade:

«Para que nuestros deseos no sean burlados, para que la forma republicana salga fiera de la prueba á que la empujan sus titilados partidarios, hemos pedido al Gobierno que delenda la integridad constitucional con la misma Constitución, sin faltar á ella y sin negar á nadie sus derechos, siempre que sean ejercidos con arreglo á las leyes de la moral y de la justicia estricta.»

Traslado á los conservadores de La Epoca.

Recordando La Reforma al partido dominante el lenguaje que los periódicos de la unión usaban hablando de los progresistas después del 22 de Junio de 1866, escribe:

«Las mismas frases, las mismas injurias le dirigan: perturbadores del orden social, de la riqueza pública que destruyán, rompiendo telégrafos y volando puentes; sobornadores del ejército, cobardes asesinos del cuartel de San Gil. ¿No recuerda ya el general Prim lo que se decía de él en aquellos días? ¿No recuerda el Sr. Sagasta y sus compañeros de Gabinete, cuántas veces se les ha llamado ladrones y asesinos? Pues nuestra situación es igual, enteramente igual. Hoy los llamados asesinos y ladrones y trastornadores del orden social se sientan en el banco azul, y lanzan sobre sus adversarios políticos las mismas acusaciones. ¿No recuerdan que hicieron exacciones de dinero, y que si mal tenían fondos públicos, que todavía no se han satisfecho, á pesar de haber sido reclamadas varias cantidades exigidas á los vecinos del valle de Hecho y Ansó?»

Más adelante añade:

«Observaremos que no hay razón para entregarse á tales arrebatos, pues en el mismo Reus el 29 de Setiembre fueron horriblemente asesinados al grito de ¡viva Prim! y ¡viva la soberanía nacional! cuatro fabricantes pertenecientes á una misma familia, quemados sus géneros y destruidas sus habitaciones, sin que la prensa que hoy levanta tal clamoreo, llamase

asesinos ni incendiarios á los jefes de Cádiz, que llevaron la dirección del movimiento setembrista.»

ORDEN PÚBLICO.

Por el ministerio de la Guerra se publica en la Gaceta de hoy lo siguiente:

Andalucía.—La partida de Salvococha se hallaba anteayer en Algar, á donde debió llegar la columna de Prado, que pasó por Medina por la mañana.

La partida de Paul no ha conseguido reunirse con aquella.

La falta de caminos y telégrafos en el terreno en que operan estas fuerzas hace difíciles las comunicaciones y el que se reciban noticias con frecuencia.

Granada.—En la Carolina hubo ayer mañana un movimiento republicano auxiliado por algunos grupos de pueblos inmediatos, quedando en su poder el puesto de la Guardia civil.

Las comunicaciones telegráficas con Andalucía no se hallan por esto interrumpidas.

Galicia.—La partida republicana que salió de Orense llevándose presos las autoridades fué alcanzada y batida ayer en Trado, cogiéndosele 16 prisioneros, entre ellos un cabezalla, municiones y la bandera que llevaban. Se le causó además un muerto y tres heridos, y se rescataron las autoridades secuestradas, á las que durante la acción colocaron delante: dichas autoridades se incorporaron á la columna del brigadier Schely.

Aragón.—La facción capitaneada por el diputado Noguero entró en Castejón de Monegros en la mañana del lunes; reunió el ayuntamiento y los cuatro mayores contribuyentes, á quienes pidió 12,000 rs.; por habiéndose negado á ello, les exigió 4,000 y 60 raciones de pan y vino, abandonando el pueblo.

La partida mandada por Joaquín Ayala, después de pasar la barca de Ardisa el 4, se disolvió, marchando el cabezalla con 10 ó 12 hombres hacia los montes de Rosell. Barbastro tranquilo.

En la tarde del lunes se levantó en Borja una partida al mando del diputado republicano don Luis Blanc, dirigiéndose hacia algunos pueblos de las Cinco Villas, cuyos ayuntamientos son republicanos.

Cataluña.—En la noche del 4 una partida republicana se dirigió sobre Tarrasa pidiendo entrada y amenazando; pero habiéndosele negado los vecinos, preparándose para la defensa, se retiraron á Rubí. La columna Targarona entró en Santa Coloma y desarmó la milicia.

Los cabezallas de las facciones de la provincia de Barcelona las han abandonado, con excepción del hermano del Noy de las Barraquetas. Los insurrectos de Reus han enviado un diputado provincial al gobernador de Tarragona pidiendo se les conceda 24 horas para deponer las armas todos los sublevados, excepto los de Vall. Nuevos detalles confirman los crímenes cometidos en esta población. El alcalde de Tortosa salió de la ciudad, poniéndose al frente de una partida insurrecta; pero la ciudad estaba tranquila. El brigadier Laguerre se dirigió al Priorato por la margen derecha del Ebro, mientras el de la propia clase Velarde lo hacía por la izquierda. Los insurrectos de la provincia de Lérida se habían reconcentrado en Balaguer, á donde se ha dirigido la columna del brigadier Figuerola.

Castilla La Vieja.—En la mañana de ayer salió de Béjar para la capital el gobernador de Salamanca, y también el cabezalla Peco convenientemente custodiado. Después de la salida del gobernador hubo en la población un movimiento republicano, cuyos detalles se ignoran. El diputado Acedo, que intentó levantar una partida en la provincia de León y fué arrestado, consiguió fugarse; pero la Guardia civil volvió á capturarle.

Valencia.—Una partida de 80 hombres mandada por Tomás Bertomeu destruyó en Sax el aparato telegráfico de la estación del ferro-carril, levantó varios rails de la vía, incendió el puente de madera denominado Cachirulo, rompió los libros de contabilidad y tomó bagajes. La partida levantada en el cantón de Gandesa había pasado el Ebro y entrado en el Priorato, habiéndose confirmado la completa desaparición de insurrectos de Beniojan, siguiendo en completa tranquilidad la provincia de Murcia.

Fuera de los puntos mencionados, reina completa tranquilidad.

A continuación copiamos las siguientes noticias que publican los diarios ministeriales:

«La facción de Joaritz se presentó anteayer en Villanueva y Geltrú, y atacó la casa de ayuntamiento, defendida por dos compañías del ejército, siendo rechazado. Después se dirigió á una fábrica, cuyos dependientes defendieron también el edificio, donde los facciosos no pudieron entrar.

En cambio saquearon varias casas indefensas, llevándose cuanto encontraron.

—Ayer circuló por Madrid con gran profusión una proclama excitando al ejército, la milicia ciudadana y el pueblo, á que desobedecieran al Gobierno y desconocieran la autoridad de las Cortes.

—Se teme en Huelva que invadan la capital 1,000 trabajadores de Río-Tinto. La guarnición de Huelva está reducida á 200 carabineros, habiendo salido el resto para Almadén en persecución de una partida.

—La facción de Paul ha sido alcanzada ayer por las tropas que la perseguían, según despacho de la provincia de Cádiz.

—Según parte recibido de Lérida, se ha publicado en aquella provincia la ley de 17 de Abril y se ha procedido al desarme de los Voluntarios de la libertad. Ha sido suspendida la Diputación provincial y disuelto el Ayuntamiento. El batallón de Cádiz ha salido en persecución de los rebeldes mandados por el diputado de la minoría republicana, Sr. Castejón.

—Ayer tarde entraron en Madrid, custodiados por los voluntarios de Villaverde, treinta presos por delitos comunes que han sido conducidos á las prisiones de San Francisco.

—Parece que en las altas horas de la noche última han celebrado reuniones en distintos puntos los hombres más conocidos y autorizados del partido republicano.

—Parece que ayer tarde ha sido cortado el ferro-carril y el telégrafo en Pozuelo. Ha salido fuerza de la Guardia civil de esta capital para auxiliar la recomposición de los desperfectos.

—Practicando ayer mañana un reconocimiento el inspector de vigilancia pública Sr. González en unas cajas que se hallaban en la estación del Norte, recogió 18 revolvers de reglamento y 25 cajas de cápsulas que aquellas contenían.

Las siguientes noticias son tomadas de los periódicos republicanos:

—Es falsa la noticia de una derrota de los republicanos de Cataluña que publican esta mañana algunos periódicos.

—Asegúrase que las autoridades superiores de Jaén se han visto obligadas á abandonar la ciudad, acompañadas de algunas fuerzas de la Guardia civil. Plaza ha debido entrar en esta capital esta madrugada.

Parece que el inspector de orden público del distrito del Hospicio, D. Pablo Ibañez Moruín, ha ocupado ayer mañana en la calle de Fuencarral dos arrobas de balas con el molde, que llevaba un mozo de cordel, el cual ha sido preso.

Parece también que las balas habían sido fundidas en una taberna, en donde se recibieron las primeras pastas hacia dos ó tres días de un alcalde de barrio que es capitán de uno de los batallones republicanos, al cual se las devolvían ya convertidas en balas.

Hoy recibimos periódicos de Tarragona que alcanzan al sábado, 3 del actual. Acerca de los sucesos de Vall dice La Libertad lo siguiente:

«Ayer en aquella villa asesinaron de un tiro á una persona muy conocida y de posición desahogada é hirieron á otra. A poco una turba que fué engrosando hasta componerse de unos 300 hombres, recorrió la población con furia apenas concebible, asesinando á varias personas de posición, cuyo número pasa de 12 ó 14, según informes; incendiando el registro de la propiedad, los protocolos de los notarios, el archivo del juzgado, maltratando de todas suertes á los vecinos de mayor prestigio, dando á las llamas varios edificios y especialmente los muebles, ropas y cuantos objetos encontraron en muchas casas particulares, en las que penetraron con este horrible intento.

La desolación era espantosa, el terror dominaba los ánimos. Algunos al verse atacados, se defendieron desde las casas; otros, entre ellos algunas señoras, lograron huir sin más ropa que la que traían puesta, llegando á esta ciudad y á otros pueblos, llenos de angustia y sobresalto y materialmente desfallecidos de fatiga, pues no pocos vinieron á pie y los más como les depa la fortuna. No referían mas que horrores y temían que durante la noche se cometiesen aun en mayor escala.

Los detalles que se iban recibiendo eran cada vez más tristes, tanto que al anoecer en la Rambla varias personas procedentes de aquella villa, en la que tienen familia é intereses iban como poseídos de desesperación.

Por otros conductos se decía que en aquella población habían sido fusilados algunos por haberseles encontrado robando.

El viernes se esperaba en Tarragona al Sr. Laguerre. El mismo día había llegado por mar alguna artillería de Barcelona. También había ido un batallón del regimiento de Zamora que estaba en la provincia de Castellón. Entre Salou y Vilaseca fué preciso que los soldados reparasen algunos destrozos causados en la línea. A poco de haber pasado el tren, se renovaron los desperfectos.

En Vilaseca, según noticias fidedignas, después de proclamarse la república, se procedió á separar la Iglesia del Estado.

Una columna habrá ido á Salou, con objeto de proteger la vía de Valencia por la que había de llegar otro batallón del regimiento de Zamora.

En la mañana del viernes la vía de Tarragona á Reus estaba interceptada cerca de Vilaseca. La de Barcelona más allá de Altafulla. La de Valencia también cerca de Vilaseca.

Durante la noche del viernes recorrieron la ciudad varias patrullas, se aumentó la fuerza de los retenes y se tomaron otras precauciones militares. Reinaba el orden más completo. El puente del Francolí estaba ocupado por la fuerza de Guardia civil.

El día 4 se fijó en Valencia en las esquinas un bando del gobernador de la provincia dictando varias disposiciones con arreglo á la ley de 17 de Abril. En aquella fecha sólo se tenía noticia de la existencia de dos pequeñas partidas republicanas en la provincia.

Según dice El Comercio de Cádiz, el lunes aparecieron rasgados en muchas esquinas los ejemplares del bando del gobernador, poniendo en su lugar proclamas del jefe de los insurrectos, Salvococha.

Tenemos noticias de Málaga de ayer. Las autoridades seguían tomando las precauciones militares de los días anteriores. Multitud de familias del pueblo huían á los campos vecinos, cobijándose debajo de los árboles mujeres y niños haraposos, hambrientos y atemoridos de frío, ofreciendo un cuadro que partía el corazón.

Según un diario de Huesca el día de la sublevación de Barbastro se reunieron en esta ciudad unos tres mil hombres de los pueblos cercanos armados la mayor parte de trabucos.

Dice El Comercio de Cádiz, aunque ignora el fundamento de la noticia, que el Gobierno ha indicado al señor duque de Montpensier la conveniencia de que por ahora no traslade su residencia á Madrid.

El Imparcial anuncia hoy que ha sido comunicada por telégrafo á Pamplona la noticia de haber sido indultados los sentenciados á muerte en la causa formada en aquella plaza por conspiración carlista.

Esperábase este resultado y felicitamos por él á los interesados y al Gobierno.

El señor gobernador de la provincia ha publicado hoy un bando disponiendo la suspensión de todos los clubs y asociaciones políticas existentes en ella que no obtengan permiso especial de dicha autoridad, y prohibiendo las manifestaciones públicas.

CÓRTEES CONSTITUYENTES.

Extracto de la sesión celebrada el día 5 de Octubre de 1869.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR RIVERO.

Se abrió la sesión a la una y media, y leida el acta de la anterior por el señor secretario marqués de Sardoal, fue aprobada.

ORDEN DEL DIA.

El señor PRESIDENTE: Continúa el debate pendiente sobre el proyecto de suspensión de garantías individuales.

El Sr. Garrido tiene la palabra en contra. El Sr. GARRIDO (D. Fernando): Con mucha desconfianza de mi suficiencia voy a usar de la palabra en estos momentos en que tanta calma se necesita para contestar a los apasionados discursos que han salido de los bancos de enfrente; pero ya que un deber imperioso me obliga a ello, procuraré producirme con toda la serenidad que las circunstancias exigen, al oponerme a esta ley de proscripción de un partido. Y digo de proscripción de un partido, porque el Gobierno no cree que tiene bastante con las leyes, las bayonetas y los cañones, que son suficientes para combatir a los que se encuentran en el campo de batalla, no piensa emplear esta ley sino con los que se encuentran en sus casas, contra todos los que hayan manifestado sus opiniones republicanas.

No es nuevo este sistema. Todos los Gobiernos reaccionarios le han seguido, si bien no han logrado su objeto, porque no han hecho más que arrastrar una existencia miserable, viendo engrosar las filas de sus contrarios, porque naturalmente sucede que cuanto más aumentan las represiones, tanto más se pronuncia la opinión en favor de los oprimidos.

El partido republicano ha sido, señores, desconocido, y no se le ha tenido en cuenta por los que han ocupado el poder después de la revolución, porque habiendo logrado el Gobierno provisional atraerse a los hombres que figuraban en primera línea, han creído que nada más tenían que hacer. Por esto ha sido grande su sorpresa cuando vieron que a pesar de todo parecía que de entre las piedras brotaban republicanos. Entonces empezó a hacerse una guerra sorda.

Vinieron las elecciones, y ellas trajeron aquí una minoría la más numerosa que se ha conocido, y un resultado de esta clase obtenido en elecciones de la mayor importancia debía haber probado que para crear una situación sólida era necesario dar entrada en ella al partido republicano; pero como esto impedía elegir por rey al duque de Montpensier, de ahí la guerra que se le principió a hacer por todos los medios.

Mas como desde el pronunciamiento de Cádiz hasta la batalla de Alcolea había necesitado de entregar las armas al pueblo, se formó un plan liberticida: se principió a querer quitarle aquellas armas, y se ocasionaron los sucesos de Cádiz, provocados para dar lugar a la venida de Montpensier, que como vimos, llegó entonces a pretender de que venía a combatir la reacción y a salvar la sociedad. A este desarme siguió el de la Milicia de Tarifa, sin motivo alguno, y luego el de las de Málaga, Sevilla y Jerez, perdiendo por ello el Gobierno su popularidad.

Después de muchos trabajos se creía haber encontrado rey en una dinastía extranjera, y el sentimiento nacional, que acababa de derribar otra dinastía que también era extranjera, se alarmó, y el partido republicano juró derramar hasta la última gota de sangre antes que consentir que este hecho se verificara.

El señor PRESIDENTE: No puedo permitir que siga S. S. en ese camino; porque cuando las Cortes nombren rey nadie tiene derecho a oponerse a su acuerdo.

El Sr. GARRIDO: V. S. me permitirá que le diga que sobre todo está la soberanía nacional.

El señor PRESIDENTE: Sobre la soberanía de las Cortes Constituyentes, que son la genuina representación de la soberanía nacional, no hay nada, y no permitiré que se diga cosa alguna en contra de esto.

El Sr. GARRIDO: Pues bien, diré solamente que el partido republicano no quiere un rey extranjero, y que para evitar el obstáculo que este partido podía presentar, se le ha querido desarmar, dando antes la batalla que se había de dar después.

Por otra parte, el Gobierno se encontraba con grandes dificultades para traer rey con las diputaciones y ayuntamientos republicanos, y era preciso remediar este inconveniente. Para ello tenía que faltarle aun a la misma legalidad adoptada por el Gobierno, y cuando los ayuntamientos suspendidos o destituidos debían reemplazarse por los inmediatamente anteriores y hacerse la elección a los cuarenta días de la suspensión de destitución, no se ha hecho así, sino que se han reemplazado con progresistas, sin cuidarse de proceder a las elecciones cuando prevenía la ley.

Esto ha sucedido con el de Málaga, y ahora mismo con el de Barcelona: y si quisiera que la ley haya de obedecerse abajo, es preciso que deis el ejemplo de que la obedezcáis y hagáis obedecer arriba.

El partido progresista era un cadáver que se ha levantado sobre dos peanas que son el partido unionista y el republicano; ha hecho las elecciones por medio del sufragio universal, que no era doctrina suya, y ha traído aquí una mayoría que no ha tenido por cierto en los ayuntamientos ni diputaciones.

En ninguna cuestión ha podido hacer el partido progresista otra cosa que ir marchando arrastrado por esa corriente que lo ha llevado a la arbitrariedad que ahora quiere convertir en ley para cometer toda clase de atropellos contra el partido republicano. Esto en la cuestión política. En la económica, ahí están esos presupuestos de 3.000 millones, y lo único nuevo que ha presentado ha sido esa gabela de la capitación, que es imposible hacer efectiva.

Tienen, pues, razón los que dicen que fuera de algunas libertades parcialmente practicadas porque no había medios de impedir las revoluciones no ha dado por resultado más que un cambio de personas.

La revolución cubana, que ha coincidido con la de la Península, necesitaba una solución perentoria, y recuerdo haber leído en los periódicos que los revolucionarios de allí habían dado dinero a los hombres de la unión liberal para hacer la revolución de aquí. Allí se empezó por proclamar la libertad al grito de «¡Abajo los Borbones!» aunque después se ha concluido por pedir la separación; pero al principio, cuando no era esto lo que se quería, los revolucionarios eran atacados por el general Lersundi porque combatían a la reina Isabel, pero ya no era reina de España, con consentimiento del Gobierno podía separar a aquella autoridad y no lo hizo.

La revolución ha tomado grandes proporciones y las tomará con la política que se sigue, porque la política monárquica será la pérdida de Cuba y Puerto-Rico, que continuarán unidas a España con la república federal.

Mas de la misma manera que no habéis podido resolver la cuestión cubana, tampoco habéis podido resolver la de la unión ibérica, porque los portugueses que con una república federal se unirían a nosotros, porque serían un Estado que conservaría toda su autonomía, no quieren hacerlo con la monarquía.

También haceis imposible con vuestra política la solución económica. Es preciso que el presupuesto del Estado no pase de 1.000 millones, y que los presupuestos de las provincias y de los municipios sean otra cosa de lo que son hoy, dando a esas corporaciones atribuciones que los son propias y que hoy están centralizadas en Madrid.

¿Qué tiene de extraño, pues, que el pueblo que ha conquistado sus libertades, y que si al verificarse el alzamiento no hubiera querido que dejara el trono doña Isabel, en él hubiera continuado, al ver que no habíais tenido otro objeto que quitar un rey para poner otro, se sublevará?

El señor PRESIDENTE: Señor diputado, aquí no puede S. S. venir a justificar una sublevación que es ilegal.

El Sr. GARRIDO: Yo no digo que sea legal: explico las causas que han podido producirla, con objeto de ver si convenzo a las Cortes de que no deben aceptar ese proyecto.

El señor PRESIDENTE: V. S. puede aducir las razones que juzgue oportunas; pero no inculcándole legitimidad de ninguna suerte una sublevación. Eso no puedo permitirlo por altísimas razones, y no lo permitiré.

El Sr. GARRIDO: No trato de legitimar la insurrección; no hago más que decir las causas que en mi juicio la han producido. El Gobierno se ha salido de la legalidad, ha legislado sin tener facultades para ello, y hasta ha habido capitán general que ha hecho lo mismo: y yo que he estado en países libres, especialmente en Inglaterra, puedo decir que es seguro que si allí una autoridad cualquiera se hubiera permitido suprimir dos periódicos, se hubieran sublevado contra ella hasta las piedras. Además, el derecho de insurrección lo ha reconocido hasta el mismo señor presidente del Consejo de ministros cuando se falta a la legalidad.

El señor PRESIDENTE: Está V. S. hablando ante las Cortes Constituyentes que son soberanas, y no puede V. S. de ningún modo legitimar la insurrección.

El Sr. GARRIDO: En efecto, son soberanas; pero yo quisiera que S. S. me dijera qué habría de hacerse si se diera el caso de que las Cortes vendieran la nación a un soberano extranjero. (Fuertes y prolongados rumores, y reclamaciones en todos los bancos de la Cámara.)

El señor PRESIDENTE: No puedo consentir que se sienta una proposición tan ofensiva para las Cortes, y espero que V. S. retire esas palabras.

El Sr. GARRIDO: Yo no he hecho más que sentar una hipótesis. (Muchos señores diputados piden la palabra, y aumentan los rumores.)

El señor PRESIDENTE: No hay palabra; el presidente es bastante para mantener el prestigio y el decoro de la Cámara.

Señor diputado, no hay nada que autorice a sentar una hipótesis tan ilegal y ofensiva a la Cámara como lo es esa. Vuelvo, pues, a decir a V. S. que espero retire esas palabras.

El Sr. GARRIDO: No he querido ofender con esta hipótesis a las Cortes Constituyentes; pero si S. S. cree que hay en ella algo de ilegal, yo no quiero presentar nada ilegal, la retiro.

Yo entiendo que las Cortes tienen que adoptar sus resoluciones en conformidad a la opinión general del país, y recuerdo que el señor general Serrano manifestó en cierta ocasión no podían acordar sin suicidarse la vuelta de los Borbones; y esto prueba que sobre la nación no hay nada, y que cuando esta ha hablado, nadie puede oponerse a su decisión.

Para legitimar la presentación de esta ley se ha hablado de crímenes y de excesos cometidos, y se ha preguntado si estábamos conformes con esto. Yase ha contestado a ello satisfactoriamente; pero debo decir que en todas las revoluciones ha habido crímenes espantosos. Los ha habido en el gran movimiento del año de 1808, sin que por eso perdiera nada de su grandeza; los ha habido en 1854. Entonces se sacó de una bohardilla a un hombre vil, valedurno, que había sido agente de policía, y se lo llevó a la plaza de la Cebada, a la una del día se lo asesinó y pocos días después el que había llevado a cabo aquel hecho era premiado con un gran destino.

Esto ha sucedido siempre, y en esta misma revolución ocurrió lo del corregidor de Algeciras; y por cierto que no debía estar lejos de allí el Sr. Topete. (El señor ministro de Marina: Si, un Topete levantó su brazo para interponerlo entre el arma del asesino y el pecho de la víctima.)

En Reus mismo se inició la revolución asesinando a tres hermanos llamados Cassas, ni aun se ha formado proceso para ellos. No hay, pues, motivo para echar a nadie ese sambenito; no hay un partido de los que han ocupado el poder que tenga las manos limpias de sangre, aunque yo no creo que de esos excesos pueda echarse la culpa a los partidos. Los responsables de los excesos del año 1808 fueron Godoy y María Luisa; los responsables de los de 1854 fueron los autores de aquella política de los once años; y no quiero ir mas adelante en esto, porque al buen entendido pocas palabras le bastan.

Ya he dicho que desde la revolución habían venido aumentando los republicanos por todas partes; pero el Gobierno, en vez de adoptar una marcha conforme a la opinión que se desarrollaba en el país, ha procurado encadenarla, y no hay poder que pueda seguir contrariando la opinión del país. Esta ley no tiene otro objeto que seguir esa misma marcha retrógrada persiguiendo a las personas que no pueden entregarse a los tribunales, y creo que la Asamblea no está en el caso de aprobarla. Concluyo, pues, diciendo que nosotros íbamos a hacer una acusación contra el ministerio por sus arbitrariedades; pero si las Cortes aceptan esa ley, tendremos que acusar a la mayoría de las Cortes ante la nación, además de acusar al ministerio. (Fuertes rumores: varios señores diputados piden la palabra con calor.)

El señor PRESIDENTE: Orden, señor diputado; sírvase V. S. explicar esas palabras.

El Sr. GARRIDO: Voy a explicarlas. (Varios señores diputados: Que las retire.)

He dicho que todos los poderes tienen su razón de ser en la opinión pública; y si esta, a consecuencia de la conducta que aquí se observa, condena a la Asamblea, condenada estará.

El señor PRESIDENTE: No hay opinión pública en esta materia. El poder constituyente ha sido nombrado para mandar, y todos tienen obligación de obedecer. ¿Acepta S. S. la proposición de que la Asamblea Constituyente es el poder soberano y supremo que todos debemos acatar?

El Sr. GARRIDO: Sobre el poder de la Asamblea está el del pueblo (No, no), está la nación.

El señor PRESIDENTE: señor diputado, de la nación emana el poder supremo; pero cuando le delega en un poder constituyente, este tiene que ser obedecido de todos. La nación y la Asamblea Constituyente son en este momento una sola personalidad. ¿Acepta V. S. esta teoría? Retira V. S. esas palabras?

El Sr. GARRIDO: Estoy a la disposición de V. S.; pero no puedo retirárselas.

El señor PRESIDENTE: En ese caso, se van a escribir.

El Sr. GARRIDO: Pues que se escriban. (Grandes rumores; algunos señores diputados piden la palabra, y el señor presidente llama al orden.)

El señor secretario marqués de Sardoal leyó las palabras con que había concluido su discurso el Sr. Garrido.

El señor PRESIDENTE: Lo primero que pre-

viene el reglamento, es que se oiga al interesado. El Sr. Garrido, pues, tiene la palabra.

El Sr. GARRIDO: Yo he querido decir que del fallo de las Cortes se puede apelar al de la nación. Yo no comprendo que haya aquí palabras que deban retirarse.

El señor PRESIDENTE: Señor diputado: la soberanía de la nación está personificada en las Cortes; resistir sus actos y sus fallos es ir en paso a paso, sin querer tal vez, pero directamente, hacia la insurrección. Este es el punto de vista concreto bajo el cual han podido oírse las palabras de S. S., y en las circunstancias actuales la excitación es más directa. ¿Quiéreme S. S. decir que la opinión pública nos juzgará definitivamente a todos? ¿Quién lo duda? Los poderes, las naciones, los siglos son juzgados por la opinión. ¿Es esto, y nada más que esto, lo que S. S. ha querido decir?

El Sr. GARRIDO: No he querido decir otra cosa.

El señor PRESIDENTE: Las Cortes quedan satisfechas con esta explicación, porque siempre lo están cuando su dignidad y su soberanía permanecen íntegras. Queda terminado este incidente.

El señor ministro de la GOBERNACION: Pido la palabra, y no sobre esas.

El señor PRESIDENTE: La tiene V. S. El señor ministro de la GOBERNACION: Pero sobre otras más graves que ha pronunciado el señor diputado que acaba de acusar a las Cortes Constituyentes de la manera que ha creído oportuno, y sobre las cuales el Gobierno pide una retractación absoluta. (Las ha retirado). No las ha retirado; y si lo ha hecho ya, quiero que vuelva a retirárselas y las retire en absoluto.

El señor PRESIDENTE: Señor ministro, oígame V. S. Las Asambleas todas siempre, y mucho más en ciertos momentos, tienen por suprema virtud la prudencia: yo se la recomiendo mucho a S. S. He dicho antes que el honor de la Asamblea está al cuidado de la presidencia. Yo no permitiré nada que pueda ofenderla, y esas palabras han sido explicadas, han sido ampliadas, se han desvanecido, y además el señor diputado las ha retirado en absoluto. En estas ocasiones, señor ministro, no puede decirse más. Crea S. S. que la Asamblea está completamente satisfecha, por más que en estos momentos de calor algunos lo vean de diferente manera.

El señor ministro de la GOBERNACION: Señor Presidente, sin duda yo no he entendido bien; yo creo que ese señor diputado ha querido explicar las palabras; creo que las ha ampliado, pero no he oído que las haya retirado. (Grandes rumores.)

El señor PRESIDENTE: Señor ministro, el Presidente asegura a S. S. que están retiradas por completo; así lo ha dicho: «las retiro», las retiro enteramente; y no lo ha dicho una, sino dos veces.

El señor ministro de la GOBERNACION: Señor Presidente, permítame S. S. hacer una pregunta: Sr. Garrido, ¿ha retirado S. S. esas palabras?

El Sr. CASTELAR: Lo ha dicho el señor Presidente.

(Los señores Figueras, Castelar y Orense piden la palabra. Confusión.)

El Sr. CASTELAR: Pido que se mantenga la autoridad del señor Presidente.

El Sr. MARTOS: Pido la palabra. Nadie tiene derecho a poner en duda la palabra del señor presidente de la Asamblea. (Grandes murmullos; confusión.)

El señor PRESIDENTE: Orden, orden, señores diputados. En el Diario de las Sesiones consta todo, y se leerá.

El Sr. FIGUERAS: Señor presidente, si S. S. me permite decir cuatro palabras sobre lo mismo, todo esto que parece una gran montaña desparecerá como una nube de verano. S. S. ha dicho que el señor diputado ha retirado sus palabras; todos lo hemos oído. El señor ministro de la Gobernación sin duda no lo ha oído bien. Yo no dudo de la palabra del señor presidente; pero si hay quien duda de ella, las notas taquígrafas resolverán.

El señor ministro de la GOBERNACION: No solo no dudo yo de la palabra del señor presidente, sino que la creo sin vacilación de ninguna especie.

El Sr. ORENSE: Luego.... El señor ministro de la GOBERNACION: Luego.... Voy a contestar al señor marqués de Albaida.

Como al mismo tiempo que el señor presidente decía que había retirado sus palabras el señor Garrido, yo veía que el Sr. Garrido, cuando no lo veía el señor presidente, decía que no (grandes murmullos). Varios señores diputados: Decía que no; es cierto que hacía signos negativos, yo quería que el Sr. Garrido no se permitiera negar las palabras ni la autoridad del señor presidente. (Varios señores diputados piden la palabra.)

El señor PRESIDENTE: No hay palabra; dispénsame S. S. por un momento, señor ministro de la Gobernación.

El señor ministro de la GOBERNACION: Con mucho gusto.

El señor PRESIDENTE: Se leerán las palabras del Sr. Garrido, quien las retiró o las mantendrá. Esta es una cuestión de método sometida a la mesa.

Trascurridos algunos momentos mientras se traducían las notas taquígráficas, dijo:

El señor PRESIDENTE: Se van a leer las palabras del Sr. Garrido tales como están en las notas taquígráficas. Señor secretario, sírvase su señoría leerlas.

El señor SECRETARIO (Marqués de Sardoal) (Leyendo): «Pues bien, señor presidente, yo no he querido ofender a las Cortes Constituyentes con esta hipótesis... y las retiro.»

El señor PRESIDENTE: Señor ministro de la Gobernación, vea S. S. cómo el señor presidente ni por un momento ha podido permitir que quedara en suspenso la altísima honra de la Asamblea Constituyente.

El señor ministro de la GOBERNACION: Pido la palabra.

El señor PRESIDENTE: ¿Sobre lo mismo?

El señor ministro de la GOBERNACION: Sobre lo mismo; porque de las palabras que el señor presidente acaba de pronunciar podría deducirse que el ministro de la Gobernación ha puesto en duda el deber cumplido del presidente para sostener la alta dignidad de la Cámara.

No ha sido eso, señor presidente: ha sido porque un señor diputado se atrevía a poner en duda eso, negando por señas, como lo ha podido ver la Asamblea, las palabras que S. S. ha pronunciado; y por eso, y para confirmar la autoridad del presidente, para que no hubiera un diputado que la pusiera en duda, es para lo que he hecho la pregunta al señor diputado que se permitía dudar de la palabra del señor presidente. Conste, pues, esto.

El ministro de la Gobernación, en nombre del Gobierno, no solo no ha puesto en duda la palabra del señor presidente, sino que ha querido evitar que haya un señor diputado que la ponga en duda. No tengo más que decir.

El Sr. MORALES DIAZ: Si la comisión hubiera de limitarse a las impugnaciones que el señor Garrido ha dirigido al dictamen, podía guardar silencio, porque nada ha dicho contra él en realidad, pero la comisión tiene otros deberes que cumplir.

El Sr. Garrido, que empezó su discurso haciendo protestas de templanza, se ha producido del modo que los señores diputados han visto, y ha empleado su talento en justificar la insurrección, y no sólo la interior, sino lo que es más

trascendental y antipatriótico, la insurrección de Cuba contra la madre patria.

Es muy digno de notarse, señores, que siempre que se trata de enviar expediciones a esa isla, se altera el orden en la Península. Las insurrecciones de Cádiz, Málaga y Jerez, así como los sucesos de Alicante, tuvieron lugar cuando se trató de mandar las anteriores expediciones a Cuba, y hoy ocurre la misma coincidencia.

S. S. para defender la insurrección interior ha supuesto que el Gobierno ha infringido la Constitución, no dirigiendo ningún cargo concreto, sino expresándose de un modo vago y fúndase en la suspensión de algunos ayuntamientos. Ahora bien, aun cuando se diera toda la importancia que desea la minoría republicana a esos cargos, en la hipótesis de que fueran ciertos, que seguramente no lo son, no estaría justificada la insurrección, porque ni las trasgresiones de la ley por parte del Gobierno pueden justificar la infame por parte del pueblo, ni las de éste pueden justificar las del Gobierno.

Pero el Sr. Garrido para hacer resaltar más la defensa de su partido nos ha citado una serie de crímenes que no había para qué mencionar ahora, y nos ha hablado de Reus, de Algeciras y de Madrid en el año de 1854, sin tener en cuenta que hasta que demuestre que algún periódico del partido, y aceptado por él, ha sido panegirista de esos hechos, nada puede decir S. S. Cuando S. S. diga quién es el asesino a quien ha indicado que se le premió con un gran destino, y vea que no se le castiga, entonces podrá decir lo que guste. Los tribunales no pudieron descubrirlo; tal vez la persona a quien S. S. alude se presentaría a interponerse entre la víctima y los asesinos, que habrán podido después venir a engrosar las filas del partido a quien S. S. defende.

Pero viniendo a la cuestión concreta, examinemos el proyecto que se discute.

Esta no es una ley de proscripción de un partido, ni esto se puede decir aquí donde se ha tolerado lo que en pueblos más libres se considera delito; donde se ha dejado que el motín ocupe el lugar de la reunión, el club conspirador el de la asociación, y el libelo el del periódico. Lo que hay es una apremiante necesidad de armar a la autoridad para hacer frente a la demagogia desenfrenada, y esta es la teoría en que se funda el dictamen que hemos propuesto a la deliberación de la Cámara.

Si pues los rebeldes se han puesto fuera de la ley, hay que aceptar la situación como se presenta; y creo yo que mejor es rodear al Gobierno de medios legales para resistir y vencer a los que se levantan con las armas en la mano, que no tenerle que exigir luego responsabilidad criminal por haber procedido según las circunstancias.

El Gobierno no podía permanecer con los brazos cruzados al ver que se cortan los ferro-carriles; que diputados de la nación se ponen al frente de masas rebeldes en nombre de una bandera política; que se reúnen en Llerda para conspirar; que proclaman la república dentro y fuera de Barcelona; que han declarado fuera de la ley a la sociedad y al Gobierno, llegando alguno en un rasgo inaudito de loco orgullo a declarar también fuera de la ley a todo mayor de 16 años que no vaya a engrosar sus filas. Con los republicanos de buena fe, con los que propagan sus ideas pacíficamente, con esos no habla esta autorización, ni el Gobierno hará nada que amenje sus derechos y facultades como hombres y como ciudadanos.

Señores, si el partido republicano, en vez de seguir un camino tan contrario a sus principios sobre la soberanía nacional y el sufragio universal, hubiera imitado la conducta de sus correligionarios en Alemania otra sería hoy su situación.

Es muy posible que en la evolución progresiva de la humanidad no hubiera habido aquí otra solución política que el establecimiento del gobierno republicano. (El Sr. Garrido: No hay otra). Desgraciadamente para S. S. la insurrección ha hecho imposible la solución de la república, porque ha alarmado todos los intereses de la sociedad, y tendrán que rechazarla a pesar suyo, no porque la causa sea mala en sí, sino porque la han bastardeado con actos injustificables sus mismos imprudentes defensores.

Lo que me causa dolor profundo es que los sucesos nos hayan puesto en la sensible necesidad de proponer este dictamen para salvar la libertad, el orden y el principio de autoridad, y que la nación pueda continuar tranquilamente desentendiéndose los principios por la revolución proclamados.

El señor marqués de ALBAIDA: El partido progresista adopta el lenguaje de los moderados, y como estos, nos dice siempre que sus hombres son los salvadores de la sociedad. Señores, la sociedad no corre ningún peligro, pues sus fundamentos son indestructibles. También nos dicen los progresistas, imitando a los moderados, que la presente insurrección se conecta con la cuestión de Cuba....

El señor PRESIDENTE: Señor marqués, eso no es rectificar.

El señor marqués de ALBAIDA: Pues bien: digo que nada tiene que ver la cuestión de Cuba con lo que está ocurriendo entre nosotros, y que las suposiciones que hace el Sr. Morales Díaz son del todo injustas tratándose de una minoría que nada ha dicho durante un año respecto a aquellos sucesos.

En cuanto a los excesos atribuidos al partido republicano, y de que tanto se habla, yo puedo decir que los consideramos como una desgracia, porque ningún exceso nos favorece. Lo que nos convenía era haber seguido como estábamos antes del censurable asesinato del gobernador interino de Tarragona; y si el Sr. Sagasta al saber que se hacía una manifestación, a su juicio ilegal, hubiera mandado formar acta y la hubiera pasado al juez correspondiente, allí no hubieran tenido lugar los sucesos ocurridos.

Acerea de la conducta que se cree debió seguir el partido republicano, solo recordará que de la república de Francia de 1793 también se ha dicho que si no hubiera establecido la guillotina, todos los franceses serían republicanos, y sin embargo, luego ha tenido la república bonapartista de 1848 que abolió la pena de muerte por delitos políticos, y todos sabemos lo pronto que desapareció. Nosotros tenemos que luchar con los intereses creados, y se comprende que hay clases sociales que se asustan; pero ¿qué le hemos de hacer? procuraremos convencerlos de que no hay motivo para asustarse.

El Sr. GARRIDO: Repitiendo el Sr. Morales Díaz una acusación que ya antes de ahora se ha hecho, ha dado a entender que había relación entre la insurrección actual y la sublevación de Cuba. Señores, yo lo indiqué en mi discurso: la sublevación de Cuba no se inició por los republicanos, sino por los hombres de la unión liberal, que habían recibido dinero de los cubanos para sublevarse en España y en aquella isla. Aquella sublevación empezó pidiendo libertad para Cuba y para España; pero después la conducta del Gobierno español hizo que los cubanos desconfiaran y creyesen que Cuba iba a permanecer esclava. Eso es lo que ha hecho que el elemento separatista domine sobre el elemento español. El señor ministro de Marina pide la palabra.

Nosotros, ya lo afirmé en otra ocasión el señor Castelar, lejos de tener interés en que Cuba se pierda, queremos que se salve, que siga unida a la madre patria; pero no se salvará con la monarquía. (Rumores.)

El señor VICEPRESIDENTE (Martos): Señor diputado, España, con monarquía o sin ella, sa-

brá defender la honra nacional y la integridad de su territorio, y sus armas triunfarán en Cuba. (Aplausos.)

El Sr. GARRIDO: Debemos, pues, estar tranquilos, porque el señor presidente ha decretado la victoria de nuestro ejército en Cuba; yo me felicitaré de que así sea, pero insisto en mi creencia de que Cuba se perderá si aquí se establece la monarquía. (Nuevos rumores.)

El señor VICEPRESIDENTE (Martos): Orden, Sr. Garrido: la monarquía está ya establecida por las Cortes Constituyentes.

El Sr. GARRIDO: Continúa, pues, diciendo que siendo el partido progresista un partido cado, sacrifica la revolución de España a una resurrección imposible. Esta es la verdad.

La situación actual no tiene detrás de sí los elementos conservadores de España, que son isabelinos o neo-católicos, y para los cuales tan demagogos son los señores general Prim y Sagasta como yo. Hoy el partido republicano representa en la política lo que los progresistas en 1835, y si la reacción vuelve, ella traerá sus hombres y os quitará a vosotros, que no sabéis ser revolucionarios y llega tarde para ser conservadores.

Respecto a que yo no he dado razones para justificar la práctica del derecho de insurrección, recordará al Sr. Morales Díaz la destitución del ayuntamiento de Málaga, producto del sufragio universal, y su sustitución por otro que no tiene simpatías en aquella ciudad. Con este y otros actos contrarios a la ley, el Gobierno es quien se ha colocado fuera de la constitución.

Pero dice S. S. que hemos seguido mal camino y que deberíamos haber imitado la conducta aconsejada a los republicanos alemanes por mi ilustrado amigo Arnoldo Ruge, que aconsejaba que se apoyase al conde de Bismark en favor de la unidad alemana. Pues yo digo a S. S., que el partido republicano alemán resolvió que debía tener en cuenta los principios antes que la dictadura; lo contrario, es el sistema del partido moderado. Por lo demás, el resultado de traer la cuestión de fuerza para vencer al partido republicano, será, señores de la mayoría, que llegará un momento en que todos os encontraréis inermes en frente de la dictadura que vendrá sobre vosotros.

El señor ministro de MARINA: Nada más lejos de mi ánimo que tomar parte en este debate; pero debo decir algunas palabras para contestar al Sr. Garrido.

Dice S. S. que esta ley es una ley de proscripción del partido republicano. No; el Gobierno y la mayoría han reconocido terminantemente la necesidad del partido republicano legal; pero hay que proscribir ciertos elementos que conspiran, no ya con las armas en la mano, sino tal vez desde estos bancos. Si, señores, desde el momento que hay diputados que se declaran facciosos, tengo derecho para decir a S. S. que si está con ellos es faccioso también.

S. S. ha dicho que yo estaba en Algeciras cuando se cometió un horrible crimen contra una persona de la situación caída. S. S. debe saber que el que allí se hallaba era un hermano mío, cuyo brazo fue el que se interpuso entre la víctima y sus verdugos.

Pero lo que más me ha hecho tomar la palabra es lo que el Sr. Garrido ha dicho de que los generales unionistas que hicieron la revolución tomaron dinero de los cubanos. Esa acusación ha sido ya desmentida en un escrito firmado por la junta cubana; por consiguiente, S. S. ha dicho la verdad a medias, y decir la verdad a medias es casi una calumnia.

También ha afirmado S. S. que los sucesos de Cádiz fueron promovidos por los partidarios del duque de Montpensier. Señores, yo soy el único en la Asamblea que se ha declarado públicamente partidario del duque de Montpensier, a quien defendí cuando lo crea conveniente; pero el día que la mayoría diga «éste es el rey», yo le aclamaré desde luego, cualquiera que sea. ¿Sabe S. S. cuál fue la causa de los sucesos de Cádiz? Pues fueron unos predicadores que siempre se quieren imponer y llaman reaccionarios a los que no equivocan el desorden con la libertad, la propiedad fundada en la profundidad de los siglos y de la conciencia con la explotación; esos fueron los que estuvieron allí ocho días antes, y los que el día del peligro dejaron a Salvaché que fuera a defender lo que otros no defendieron.

Los Sres. Morales Díaz y Garrido rectificaron. Al hablar de los sucesos de Cádiz, parece que S. S. ha querido aludirme, y debo decir que lo que han referido a S. S. respecto a predicadores contra la propiedad es falso. Yo he hablado allí ante cuarenta mil personas, y allí, como en todas partes donde he hecho la propaganda republicana, he defendido la propiedad, la sociedad y la familia; y si hay quien me haya oído alguna idea ilegítima o peligrosa como S. S. indicaba, que se levante y lo diga. Los sucesos de Cádiz tuvieron su origen en los proyectos de los montpensieristas.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Pido la palabra para protestar contra el ataque dirigido por el Sr. Garrido a mis ilustres y leales amigos los generales que pertenecieron a la unión liberal, y que hoy no pertenecen ya sino al gran partido nacional que salvó la libertad en Setiembre y continuará salvándola; pero habiendo contestado ya de una manera cumplida mi compañero el Sr. Topete, me reservo la palabra para usarla al fin de este debate.

Puesto a votación el artículo, y habiéndose pedido que fuera nominal, quedó aprobado por 151 votos contra 19 en esta forma:

Señores que dijeron sí.

Llano y P

vas del Castillo.—Alvarez Bugallal.—Alvareda.—Marques de la Vega de Armijo.—Montero de Espinosa.—Moreno Nieto.—Gasset y Artimo.—Prieto.—Anglada.—Godínez de Paz.—Pellon y Rodríguez.—Macías Acosta.—Pastor y Huerta.—Bañón.—Ulloa (D. Augusto).—López de Ayala.—Capdepon.—Valera.—Ríos y Rosas.—Salazar y Mazarrón.—Martínez Pérez.—Fernández de las Cuevas.—Martos.—Carrascon.—Carretero.—Jover.—Señor presidente.

Total, 154.

Señores que dijeron no.

Gil Berges.—Sorní.—Rebullida.—Salvany.—Garrido (D. Fernando).—García López.—Solé y Plá.—Díaz Quintero.—Gimeno.—Rubio (D. Federico).—Moreno Rodríguez.—Pi y Margall.—Tutau.—Robert.—Bárcua.—Marqués de Santa Marta.—Pruneda.—Castelar.—Orsen.

Total, 19.

Se leyó el art. 2.º, que decía así:

Art. 2.º Se autoriza al Gobierno para declarar en estado de guerra aquella parte del territorio que estime conveniente.

El Sr. DIAZ QUINTERO: El artículo que se ha leído deja completamente a disposición del Gobierno declarar el estado de guerra donde lo crea conveniente. En primer lugar, no sé qué ley determina lo que es el estado de guerra, á no ser que se declare vigente la que dió el Sr. González Brabo.

Era evidente que había de llegarse á la insurrección que hoy ha estallado, desde el momento en que el Gobierno provisional dejó de ser nacional para convertirse en gobierno de partido, y los hombres que lo componían comenzaron á resistir y han seguido resistiendo siempre para detener la revolución en el punto donde se proponían.

El señor PRESIDENTE: Ruego á V. S. que no entre en esas generalidades y se concrete á la cuestión.

El Sr. DIAZ QUINTERO: Es evidente, señores, que lo que aquí triunfó con la revolución de Septiembre fué la idea democrática, en términos que si hubiera habido caracteres elevados, hubieran dicho: «Sr. Ríver, constituya Vd. Gobierno...»

El señor PRESIDENTE: Pero, señor diputado... El Sr. DIAZ QUINTERO: Yo estoy seguro, señor presidente, de que sin el empeño de los generales Prim y Serrano no habría aquí una mayoría monárquica, y aun hoy mismo no lo sería si ellos quisieran que lo fuera.

El Sr. REBULLIDA: Pedí ayer la palabra cuando el señor ministro de la Gobernación y algún otro señor diputado repetían cargos graves, que una vez contestados ya y rechazados, me obligan á anunciar que siempre que nos vuelva á suponer complicidad en pecados, me veré en la precisión de exigir las satisfacciones reglamentarias á que tenga derecho.

Viniendo al artículo que se discute, diré que la comisión, lejos de aclarar las dudas del señor Quintero, ha venido á dar mayor vaguedad al artículo, puesto que ha dicho con una ligereza incomprensible que si no es aplicable la ley de 17 de Abril, lo será la ordenanza. ¿Hemos de dejar expuestas á esta vaguedad las garantías constitucionales, la seguridad y la vida de los ciudadanos?

Como el señor ministro de la Gobernación habló ayer después de hacerlo mis dignos compañeros y amigos, no pudieron estos contestarle cumplidamente.

Nos habló S. S. de inteligencia entre las conspiraciones isabelina y carlista y la que recientemente ha estallado, añadiendo que contaba esta con recursos extraños. Yo que no puedo ni quiero renegar de los que se encuentran en otro caso no dejan por eso de ser amigos míos, rechazo esas imputaciones; ni hay la inteligencia que se supone, ni han recibido ni reciben esos recursos. Lo niego rotundamente.

Para traerlos á la situación en que nos encontramos y alcanzar el asentimiento de la Cámara, se exageran y aminoran sucesos y se hacen suposiciones tan infundadas como la de que el Sr. García López, habiendo dado ayer su aprobación á lamentables y repugnantes hechos que se dice haber tenido lugar en el pueblo de Valls. (El Sr. García López: pido la palabra para una alusión personal).

Para concluir me permitiré un solo recuerdo á los que tratan de cometer la iniquidad de dejar tan vago el texto de este artículo. No hace mucho se ha dado orden para fusilar sin forma alguna de juicio. ¿Es esto lo que se va á hacer escuchados en esa vaguedad? Esto no sería ya ser conservadores, sino crueles y reaccionarios; esto sería volver á faltar á las leyes de la humanidad destruyendo la patria á los ojos de los demás países.

Eso es lo que ha condenado la revolución, y si lo hiciera acabaría de convencerse el país de que la libertad solo puede venir con la república.

El Sr. GARCÍA LOPEZ: Diré pocas palabras para esclarecer la alusión que me ha hecho el Sr. Rebullida; porque aun cuando quisiera hacer un discurso, cosa para mí siempre difícil, me sería hoy imposible. Tengo trasgada el alma. En los momentos en que se está derramando sangre preciosa, en vez de buscar medios conciliatorios se viene á pedir autorización para la ley más infame que han conocido las historias. Mi alusión se refiere á que en los pasillos de este palacio se me atribuye una frase que no he pronunciado. Se dice que cuando el Gobierno retaba lo sucedido en Valls, manifesté yo que lo aprobaba. Esto es inexacto.

Yo interrumpí dos veces al señor ministro de la Gobernación. Una cuando me increpaba llamándome faccioso, á lo que le repliqué que el primer faccioso de España era S. S. Manifestando después dicho señor ministro que la bandera republicana se había manchado de sangre en Tarragona, le contesté también que la historia del partido progresista destilaba sangre por todas sus páginas, porque comenzaba con el deguello de los frailes y terminaba con el asesinato de valientes oficiales de artillería en el cuartel de San Gil.

Por lo demás, me adhiero en un todo á las explicaciones dadas por el Sr. Figueras.

El Sr. FIGUERAS: He pedido la palabra únicamente para hacer constar que si me hubiera encontrado aquí cuando se ha votado el art. 1.º hubiera en contra.

El Sr. CASTELAR: Señores, me encuentro en una posición difícil, de la cual solo pueden sacarme la autoridad del presidente y la benevolencia de la Cámara.

El Congreso recordará que tanto el señor ministro de la Gobernación en su catilinaria, como el de Estado en su diplomático discurso, como mi amigo el Sr. Ruiz Gómez, me han aludido diferentes veces, y cuando yo me levanté á contestar á todas las alusiones, el presidente de la Cámara me dijo que podría hacerlo con mayor amplitud en la discusión de otro artículo.

Acabo de ver que la mesa ha establecido la jurisprudencia de que no se puede hablar en el artículo 2.º con la extensión que hemos hablado en el 1.º, sin que pueda comprender la causa de esta diferencia; porque si en el art. 1.º se trata de la seguridad del hogar, en el 2.º se trata de la seguridad de la vida.

Por consecuencia, creo que el art. 2.º es más importante que el art. 1.º, y teniendo presente que yo renuncié á un derecho en vista de la promesa que me hizo la presidencia, si esta considera ahora que no puedo hablar, el Congreso, que tantas pruebas de benevolencia me tiene

dadas, acaso lo permita, á lo menos por ser la vez postrera que hablo en este sitio, y alguna consideración se ha de tener con el que acaso se va para siempre.

Tengo por encargo de la minoría republicana que hacer declaraciones importantes destinadas á señalar nuestra futura línea de conducta.

En vista de todo esto, si no me he de salir del artículo 2.º, si estrechado por las prescripciones reglamentarias no he de poder contestar á los gravísimos cargos del Sr. Ruiz Gómez ni de los señores ministros de Estado y de Gobernación, prefiero sentarme á entablar una lucha continua con la presidencia.

El señor VICEPRESIDENTE (Cantero): El reglamento previene que se ciñan los oradores á la cuestión que se ventila. El artículo que se discute se refiere solo á la declaración de guerra. Diga, pues, S. S. lo que tenga por conveniente, pero procurando concretarse á la idea establecida en el art. 2.º

El Sr. CASTELAR: Pues bien, me concretaré al artículo, pero siguiendo la jurisprudencia establecida por la mesa y adoptada por el Congreso en esta discusión.

El Congreso recordará que el Sr. Ruiz Gómez, si bien trató benévolamente mi persona, censuró con dureza mis ideas. Decía S. S. que la causa de esta complicación tan grande, generadora de una declaración del estado de guerra, era que yo había sublevado las pasiones de la muchedumbre contra un rey extranjero, inspirado por anticuado patriotismo. Tal cargo es injustísimo.

Yo soy uno de los diputados mas cosmopolitas que hay en esta Cámara. Quisiera para mi país el arte de Italia, el pensamiento y la ciencia de Alemania y el ingenio y espíritu universal de Francia, la libertad y el trabajo de Inglaterra, la democracia y la república de los Estados del Norte de América. Véase por consiguiente si tengo patriotismo estrecho. Pero de esto á decir que un extranjero, que una persona á quien no conocemos y que no nos conoce, venga aquí y le confiemos el mando del ejército y la fuente de la riqueza y los honores y la dirección de la patria, hay una gran distancia; porque ese niño puede ser el escollido de nuestra libertad y de nuestra independencia. Esto es tan cierto, que en todos los países mas cosmopolitas del mundo está completamente prohibido que el poder supremo se ejerza por un extranjero.

El Sr. Ruiz Gómez puede ir á Suiza ó á los Estados Unidos, y ser allí alcalde, juez, diputado, ministro, general; pero no puede ser presidente, por el solo hecho de haber nacido fuera de la tierra nacional. Aquellos grandes legisladores han comprendido que el juego de la patria se absorbe por todas las venas, que muchas veces se puede sacrificar la tierra adoptiva á la natal por impulsos incontrastables del corazón humano.

He concluido con el Sr. Ruiz Gómez, y sigue natural y lógicamente lo que tengo que contestar al señor ministro de Estado. Me ha dicho su señoría algunas palabras duras, y como hablo con la benevolencia de la Cámara, no puedo abusar de mi posición. No diré que mis ideas, que mi partido, que mis soluciones políticas interesen á los moderados y neo-católicos; ya saben ellos que si nuestras opiniones prevalecieran, se romperían completamente las tres grandes organizaciones en que se anida el espíritu de nación que todavía ha de ahogar la libertad en España.

Pero el señor ministro, al decirme que yo le censuraba una visita, no comprendió que lo que en realidad censuraba era la posición diplomática en que S. S. se encuentran. Aquí hay tres hechos importantes: la carta del rey D. Fernando de Portugal renunciando la corona de España. ¿Por qué escribí esa carta, si nadie le había ofrecido tal corona? La carta del rey D. Luis renunciando la corona de España. ¿Por qué escribí esa carta, si nadie le había ofrecido esa desdichada corona? Y últimamente, la combinación para traer un príncipe que nadie conoce en el país. Pues bien, yo tengo derecho á creer que el ministro de Estado ha sido avaro á la oferta al rey D. Fernando, á la oferta al rey D. Luis, á la oferta al duque de Génova; lo creo así por honra de la nación y porque conozco la dignidad del señor ministro. Creo que hay aquí un poder diplomático con ciertas sucursales, que prescinden muchas veces de la autoridad del Gobierno.

Pero lo que más siento es el final del discurso del señor ministro de Estado. No comprendo tormento mayor que el sufrido por la minoría republicana durante un año á causa de la carente de cuestión de Cuba. Y he leído escrito españoles de allí diciéndome que yo, que también lo soy, les defendiese en España, y los he contestado: «Es verdad, soy español; pero al propio tiempo, no puedo aprobar la larga historia de nuestra dominación en las Antillas.» Y me han escrito otros diciéndome: «Vd. que es republicano, defiende nuestra autonomía;» y les he contestado: «Es verdad que soy republicano; pero también soy español y no puedo aprobar esa insurrección.» Así es que durante un año he estado en ascuas, y nuestro silencio es el holocausto más grande que hemos podido ofrecer en aras de la patria.

Y cuando esto hemos hecho, hay periódicos en que se dice que el partido republicano ha recibido ocho millones de duros para producir aquí la sublevación é impedir que vayan tropas á Cuba. Calumnia infame y que se dirige siempre contra todas las sublevaciones.

Yo puedo decirles desde aquí á los que esperan los socorros de España: si nuestra patria no tiene más que llevar allí infantería, caballería y artillería, si no tiene que llevar la libertad, si no tiene que llevar la democracia, yo les diría: «¿Tais ahí solos, no van soldados á Cuba porque los necesita el Gobierno para imponer á España un rey extranjero?»

Hechas estas rectificaciones, entro en el fondo de la cuestión. ¿Por qué sucede en España lo que estamos viendo? ¿Por qué el Sr. Sagasta, por qué la mayoría de la Cámara se escandaliza y subleva contra el mismo principio que nos ha traído aquí, contra el principio de insurrección, siempre legítimo cuando un pueblo se levanta á defender su derecho y sus leyes violadas?

Pero decía el señor ministro de la Gobernación: ¿en qué pueblo del mundo se ha cometido un crimen como el que acaba de cometerse en España con el secretario del gobierno civil de Tarragona? ¿Siempre la misma teoría del partido del Sr. Sagasta! Hacer responsable un partido del crimen que pueda cometer un individuo. ¿Se comete un crimen? Persigase y castíguese al criminal, pero no se impute á toda una colectividad.

La ley de que ahora se trata es una cosa terrible por las condiciones de la guerra durante la cual se va á aplicar. No es guerra extranjera, sino guerra civil, y mirad la diferencia. En una guerra extranjera los prisioneros y los heridos están bajo el amparo de leyes humanitarias relativamente; pero en la civil que ahora empieza por nuestra desgracia y por vuestra culpa, no hay nada seguro; ni prisioneros, ni heridos; todos pueden ser fusilados. Cuando acaba de combatir un hombre y se halla alterado por la pasión y embriagado por el vapor de la victoria, el juicio que formule sobre un tumbor puede ser la iniquidad. Y esto lo van á hacer las Cortes después de la revolución de Septiembre y del nobilísimo ejemplo que dió la ciudad de Santander cuando al enviarse al hombre que la había atacado para que lo juzgase, contestó que se le dejara en libertad, entregado al castigo de sus remordimientos! Y ahora vais á lanzar nubes de verdugos sobre nuestra desgraciada patria.

Yo condeno y condenaré siempre el asesinato,

como todos los crímenes que puedan cometerse á la sombra de cualquier bandera; y si esta es la de la república, esos crímenes son mayores. ¿Pero estáis vosotros exentos de esos crímenes? ¿Lo está el partido progresista? ¿No os acordáis de lo que sucedió en Barcelona con Bassa, asesinado, destrozado y luego quemado en las plazas?

Pues aquello lo hizo la muchedumbre progresista, que arrancó y mordió el corazón de su víctima. (Aplauden algunos señores diputados, entre ellos el Sr. Vinader. Risas). El aplauso del Sr. Vinader es monárquico como el de vosotros. (Varios señores diputados: No, no). En otro tiempo había voluntarios realistas, y ahora hay realistas voluntarios.

Decanos el señor ministro de la Gobernación que la causa de todo esto era la predicción de nuestras doctrinas, y no es verdad; lo que ha habido aquí es que las discusiones se han convertido en guerra civil, merced principalmente al señor ministro de la Gobernación.

¿Me acusáis de haber sembrado la idea republicana? Pues yo os acuso de haber proclamado desde el poder la monarquía. ¿Me acusáis de haber hecho la propaganda republicana? Pues yo os acuso de haber hecho la propaganda administrativa á favor de la monarquía. ¿Pues yo os acuso de que nuestros actos hayan sido violentos? Pues yo os acuso de que la primera agresión vino del ministerio. ¿Nos acusáis de que hemos abusado de los derechos individuales? Pues yo os digo que vosotros los habéis restringido, y que sin vuestra conducta, contraria á las leyes, no hubiera venido esta espantosa catástrofe. Por consecuencia, si hay un verdadero reo, ese reo es el ministro de la Gobernación.

Concluyo haciendo las declaraciones importantes que anuncié al principio de mi discurso.

La minoría republicana se ha retirado de estos bancos sin votar en definitiva la autorización. (Murmuros).

¿Tan poco significa que se pierdan los ochenta votos que componen esta minoría? El retraimiento que asustó á los conservadores, ¿no asustará á los progresistas?

El partido republicano quería presentar una acusación. ¿Cómo la ha de presentar, cuando vais á dar con este proyecto un bill de indemnidad al Gobierno? La minoría republicana se va, pero quiere al menos presentar la acusación en su día; si puede el Gobierno tomar toda clase de medidas contra la ley, se demostrará que aquí no hay más Gobierno que la fuerza.

En cuanto á mí, concluyo con las palabras que he pronunciado siempre en esta Cámara: amo las grandes causas cuando las veo más perseguidas y más desgraciadas; por eso me siento jurando por última vez mi eterna fidelidad á la república.

El señor ministro de ESTADO: Al decir en la última sesión que los partidos reaccionarios á la vez que nos miraban con desvío saludaban con júbilo al Sr. Castelar y sus amigos, porque los consideraban como una esperanza, no creía yo encontrar tan pronto la consagración de mis palabras. El aplauso del Sr. Vinader y sus amigos viene á confirmarme.

Ha dicho el Sr. Castelar que si se vota la ley de suspensión de garantías se retirarán los 80 diputados de la minoría republicana. Si estuvieran aquí los 80 diputados de esa minoría á formular y sostener una acusación legal contra el Gobierno y acatar después el fallo de las Cortes, sería profundo el dolor del Gobierno y de la mayoría al ver que se perdían fuerzas que deben contribuir al afianzamiento de la libertad. Pero ¿se separan 80 diputados republicanos que vienen á sostener aquí una acusación más ó menos fundada? No; se separan 10 ó 12 que van arrastrados por la demagogia, cuando la mayoría de sus parciales está con las armas en la mano, en rebelión contra la Constitución y las Cortes. Lo primero sería sensible, lo segundo no es más que la consecuencia de la lucha que se ha entablado.

El Sr. Castelar ha vuelto á hablar de la afección carta del rey viudo de Portugal y de la del soberano de la misma nación. El puesto en que me hallo me impone deberes de prudencia, y solo puedo decir á S. S. que ni en una ni en otra carta se contesta á ofertas que hayan hecho ni el Gobierno ni las Cortes.

Respecto á que haya poderes diplomáticos independientes ó superiores al ministro de Estado, puedo asegurar á S. S. que mientras dirija las relaciones exteriores, la responsabilidad es exclusivamente mía. No conozco á ninguno de los representantes de España que se haya excedido de las instrucciones que les he dado, y si alguno lo hiciera, no continuaría en su puesto. No hay, pues, semejantes poderes diplomáticos independientes. El ministro de Estado no ha intentado, ni le consta que nadie hiciera ofertas de ningún género á nombre del Gobierno español, y menos de las Cortes Constituyentes, pero el ministro de Estado ha tenido obligación de reunir todos los datos que puedan servir para la elección de monarca á las Cortes que son las que han de hacerla.

Vamos á la cuestión de Cuba; y cosa rara en esta cuestión, en el fondo estamos de acuerdo el Sr. Castelar y yo, solo que tenemos un procedimiento contrario. Yo he creído que antes de la insurrección la isla de Cuba debía gozar de instituciones liberales; he tenido la honra de ser individuo de la comisión constitucional, y como tal, he dicho que debían venir diputados por la isla de Cuba, y sin embargo, combatí y combatié aquella insurrección. ¿Hay en esto la menor contradicción? Ninguna. En el instante mismo he dicho á los cubanos: ¿queréis leyes liberales? ¿queréis reformas políticas? Yo lo aplaudo; pero no las pidáis al grito de «muera España.» Porque al que grita «muera España» ¿qué contestación puede dársele mientras haya españoles?

Decía el Sr. Castelar que su corazón está lastimado, que había hecho un gran sacrificio, y no hay que hacer ninguno. Yo deso y quiero las reformas, pero no quiero que se pidan gritando: «¡Muera mi patria!» Digo eso S. S., y su situación será muy clara y muy despejada. Pero ¿si viera el Sr. Castelar de una distinta manera que S. S. opinan muchos que se llaman republicanos federales! Al poner yo el día pasado un ejemplo que pareció bien á la Cámara, no creía encontrar tan cerca de la realidad. Al día siguiente el Gobierno, reunido en Consejo, recibe partes en que se le dice que en Barbaresco se fusiló á los guardias civiles que capitularon, y que en Valls se asesina y se incendia; y casi al mismo tiempo reciben otro telegrama de las autoridades de la Coruña anunciando que se hallaba lista la *Carmen* para el embarque de 1,000 hombres con destino á Cuba. ¿Qué confusión para el Gobierno! Aquellos 1,000 hombres que podían servir, no para imponer un rey, porque aquí no habrá más que el que la nación, representada por sus Cortes Constituyentes, quiera darme, sino para reprimir y castigar sus atentados; y el Gobierno, que podía disponer de esos 1,000 hombres para restablecer el orden, tiene al propio tiempo que defender la bandera de España que flota mas allá de los mares á 1,000 leguas de distancia.

Viene entonces un instante de vacilación y de angustia, pero al fin el Gobierno decide enviar esos 1,000 hombres á Cuba á defender la honra y la integridad del país, firmemente convencido de que por esos 1,000 hombres que se van, habrá 100,000 que se levanten á impedir que se manche la bandera de la nación española. Y esos nobles soldados han marchado rechazando las sugestiones de los filibusteros que les decían: «Sed federales y os quedareis en España.»

Otro cargo ha dirigido al Gobierno el Sr. Castelar. Desde el principio de la revolución se ha tratado de abolir en España la pena de muerte. Si afortunadamente para España hubieran desaparecido los crímenes atroces, si sobre todo ciertos partidos políticos no se hubiesen obstinado en salirse de la legalidad para cometer atentados horribles, es posible que estuviera ya abolida la pena de muerte en nuestros códigos. Abolida la tenía el Gobierno al menos de hecho, por cuanto á nadie se le imponía. ¿Pero no tiene presente el Sr. Castelar uno de los sucesos que obligaron al Gobierno á recordar que existía vigente la ley de Abril? ¿No tiene presente que en medio de otras perturbaciones hubo un día en que hasta en un asilo de la dolencia se presentaron unos cuantos foragidos y asesinaron á algunos banistas que había allí? Pues donde tales atentados se cometen, no es posible observar la misma lenidad que en la Toscana, en Portugal y en otros países mas afortunados, donde no es preciso apelar á ese rigor?

Pues qué, ¿el Gobierno pide con gusto la autorización para suspender las garantías? ¿Tenemos nosotros la culpa de que los partidarios de la abolición de la pena de muerte, los demagogos que se han alzado en armas, sean los primeros que impongan esa misma pena para casos que ninguna ley del mundo la consiente? ¿Es el Gobierno quien ha impuesto esa pena á los guardias civiles de Barbaresco, cuando después de una solemne capitulación han sido destrozados por esas turbas desalmadas? Si el Gobierno hubiera pedido la suspensión en un período de calma, la acusación contra él estaría en su lugar.

Y ya que estamos al término de la discusión, me haré cargo de alguno que otro argumento que me ha sido contestado en ninguno de los dos vigorosos y magníficos discursos del señor ministro de la Gobernación.

Desde el principio se ha dicho que el Gobierno ha violado todos los derechos: yo acepto que lo digais, señores de enfrente; yo acepto que nos hagais esos cargos; pero os voy á dirigir á mí vez una pregunta. Vosotros, ya lo habéis declarado, no aprobáis el asesinato, el incendio, la violación; ¿pero aprobáis la lucha? Es claro que sí, cuando nos habéis anunciado que os retirareis de este sitio; es decir que vosotros aprobáis la insurrección cuando están expeditas todas las vías legales para exigir la responsabilidad al Gobierno.

También se nos ha dicho que la perturbación depende exclusivamente del Gobierno. Yo no quiero, señores, que se me juzgue como hombre de gobierno por este período que ha pasado desde que ocupé el sillón ministerial. ¿Era posible gobernar en el período que ha mediado desde el 29 de Septiembre acá? No; gobernar es dirigir las fuerzas vivas del país y oponerse á las resistencias legales, desarrollando las reformas necesarias y convenientes, y nosotros no hemos podido hacerlos; hemos tenido necesidad de luchar, y hemos luchado, y estamos luchando; y para luchar con ventaja es preciso lo que pedimos á las Cortes los medios de vencer. Después vendrá el período de administración y de gobierno, y entonces nos podremos atacar por lo que hagamos ó dejemos de hacer en la gobernación del Estado: ahora no; porque ahora, lo repito, no podemos gobernar; lo que podemos hacer es luchar.

Pero hay más: ha llegado el momento de suspender las garantías con arreglo á la pura doctrina republicana. En un manifiesto de ese partido se ha dicho que cuando las sociedades tenían que optar entre la anarquía y la dictadura se decidían siempre por instinto de propia conservación en favor de esta. Pues bien, esa situación ha llegado. ¿Creéis que si esas partidas que se han levantado en algunas partes pasaran por cima del ilustre vencedor de Alcolea, pasaran por cima del conde de Reus, pasaran por cima del partido progresista, disolvieran y rompieran la unión liberal, que vosotros decís que representa las clases medias; si pasaran, en fin, por cima del último de nuestros soldados; creéis que si la insurrección venciera y arrojara todo eso, podría contenerla con los chistes populares del señor marqués de Albuja, con las habilidades forenses del Sr. Figueras y con los cantos patrióticos del Sr. Castelar? Imposible. ¿Quién podría dominar esta situación de terrible anarquía?

Pues bien, la sociedad española, colocada ante el triunfo de Jorizti incendiando á Valls, ó la consolidación de las instituciones liberales representada en los tres partidos, la nación española teniendo que optar entre la más horrible de las anarquías y una dictadura momentánea y necesaria, no puede dudar. Vosotros lo habéis dicho; la sociedad colocada entre la anarquía y la dictadura, por un instinto de conservación se decide siempre por la última.

Hay más, señores: vosotros mismos debierais alegraros de la votación de esta ley.

Se ha hablado aquí de excesos revolucionarios, y es indudable, no puede negarse que en todas las revoluciones los ha habido, pero hay una distancia inmensa entre algún crimen aislado de una revolución en sus primeros momentos, y la revolución que empieza con una serie de crímenes cometidos sistemáticamente por sus jefes. Es cierto que hubo en Madrid en 1854 un momento en que el pueblo se extravió, en que cometió excesos, en que asesinó á un hombre; pero allí se presentó muy pronto una de las más ilustres figuras del partido progresista, dicho sea en honra del partido progresista, al que yo no pertenezco.

Muy pronto el Sr. San Miguel se presenta á aquel pueblo, lo habla, á pesar de tener las bayonetas al pecho, le hace volver á sus verdaderos sentimientos, y el pueblo de Madrid, pueblo esencialmente progresista, pueblo noble y honrado, se pone á las órdenes de San Miguel y veta la revolución en su cuna. Esta es la verdad; así es como se hace justicia á los partidos.

Pero ¿ha sucedido esto, señores, en Tarragona? Yo voy á haceros una sencilla reflexión que se han hecho á estas horas todos los españoles, menos los que ciegos se han lanzado á la rebelión. Decía el Sr. Figueras al considerar aquel infeliz indefenso y acerbillado de heridas: «¿Dónde estaban los monárquicos para salvarle? Los monárquicos entonces fueron, cuando menos, cobardes.» Voy á aceptar por un instante esa calificación de S. S. Pero, señores, aquella no era una fiesta monárquica; los monárquicos no estaban allí congregados, y si el Sr. Figueras calificaba de cobardes á los que teniendo que salir de sus casas no fueron á salvar á la víctima, ¿qué calificación guarda S. S. para los que permitieron que se la asesinasen, hallándose reunidos y teniendo la responsabilidad de aquel hecho?

Yo no creo que todos los republicanos de Tarragona querían el sacrificio de aquella víctima. ¿Cómo he de creer eso! Pero lo que yo creo, lo que yo creo es que si la insurrección triunfara, lo que ha pasado en Tarragona pasaría en toda España, porque cuando los partidos radicales excitaban las pasiones de la muchedumbre y reunían á su lado todos los hombres de pasiones aviesas, cuando consiguen levantar eso que se llama la fiera muchedumbre, y cuando esa fiera se lanza sobre una víctima y la destroza, hay en esos partidos un momento de temor y cobardía, hay un momento en que los hombres que fueron potentes para desencadenar esa fiera tiemblan ante ella y se retiran. Eso es lo que ha ocurrido en Tarragona, y allí no habíais triunfado todavía; juzgado lo que sucedería después del triunfo.

Demostrada, á mi juicio, la triste necesidad de la suspensión de garantías, ya no necesito decir nada más. Esa suspensión de garantías se ha de emplear no solo contra los que combaten con ar-

mas, sino también contra los que burlando el cuerpo á la lucha protegen y sirven la causa de la insurrección: ha de servir para restablecer la paz y la tranquilidad y concluir con este estado de cosas que amenaza á España. Y yo le aseguro á la minoría republicana que el Gobierno está dispuesto á impedir que esos incitadores hagan nuevas víctimas y levanten más ilusiones en España. Para esa clase de incitadores no bastan las armas del ejército; para esos no bastan los medios de que puede disponer el Gobierno, y es preciso que sepan que está resuelto, para establecer y asegurar la tranquilidad del país, á garantizar la seguridad de todas las personas, á hacer que se respeten los acuerdos de las Cortes Constituyentes.

El Sr. VINADER: Voy á decir una sola frase. Mi amigo el señor ministro de Estado se ha equivocado al interpretar el aplauso que yo he dado al Sr. Castelar. S. S., en uno de los arranques de esa magnífica elocuencia que Dios le ha dado y que tan mal emplea, hablaba de la matanza de los frailes de Barcelona y del asesinato del general Bassa, llevado á cabo por el partido progresista....

Un señor diputado: Eso no es exacto.

El señor PRESIDENTE: Orden, orden.

El Sr. VINADER: Mi aplauso significaba que todos sois solidarios, que es una misma vuestra doctrina, y que forzosamente han de ser las mismas sus consecuencias. Mi aplauso decía que no son solo responsables los que han hecho las predicciones, sino los que las han permitido; significaba que todos vosotros, vuestra Constitución, vuestras libertades, son la causa de lo que allí ha acontecido.

Yo deseo que el Gobierno venza; yo deseo que se ponga ese remedio, pero ese remedio es pasajero: la revolución demagógica triunfará al fin, y para evitarlo, el remedio tiene que venir de otra parte. Si conservais las mismas libertades después de la victoria, permitiréis que se eche la semilla, y no podéis evitar que algún día dé sus frutos.

El señor PRESIDENTE: ¿Entra eso también en la explicación del aplauso?

El Sr. VINADER: He dicho ya lo que mi aplauso significaba, y en otra ocasión podré explicarlo más detenidamente.

El Sr. REBULLIDA: El señor ministro de Estado me ha hecho el honor de aludirme diciendo que yo había reprobado los hechos repugnantes que han tenido lugar en Valls. Es cierto, pero yo no he dicho más que eso. Ahora añado que me permito dudar de la extensión que quiera darse á esos hechos, y que deseo que no se confundan las desgracias propias de la lucha con los hechos ajenos á ella.

El Sr. CASTELAR: Breves, muy breves palabras voy á dirigir á las Cortes, porque comprendo que están fatigadas.

El señor ministro de Estado insiste en atribuir la perturbación que el país experimenta á nuestras predicciones. Más, mucho más perturba un hecho que una predicción; y lo que principalmente ha perturbado al país es la incertidumbre del Gobierno, que no trae una solución, que no trae más que complicaciones.

Dice S. S. que las clases populares se encuentran siempre sobreexcitadas por las predicciones demagógicas. Y ¿por qué las clases conservadoras no forman clubs, y no oponen ideas á ideas, doctrinas á doctrinas? En Inglaterra, donde se ha fundado una asociación á cuya cabeza está un hombre importante del partido radical, y en la que se sostiene que la tierra debe ser del que la cultiva, nadie se ha alarmado por eso; lo que se ha hecho ha sido fundar otra con lord Stanley al frente, que combatía esa idea y que mantiene el principio de que la tierra necesita el gran propietario, el arrendatario y el trabajador. Así se procede en los pueblos libres; se oponen ideas á ideas, clubs á clubs, y no se busca siempre el refugio en la espada del Gobierno. En España las clases conservadoras son perezosas. Ya tocan las consecuencias de su pereza. Así aprenderán á ser libres.

Dice el señor ministro que yo he dicho, y es la verdad, que la sociedad opta siempre por la dictadura cuando no tiene más camino que la dictadura ó la anarquía. Exacto; pero eso es lo que sucede cuando no hay un Gobierno anárquico que hace lo que acaba de hacer en Cataluña, que permite que un capitán general convierta la capital del Principado en una nueva Varsovia.

Señores, el ministro de Estado hablando de republicanos y demócratas me parecía un antiguo patriota romano hablando de los primeros cristianos: si la historia de los partidos se hiciera por lo que dicen sus enemigos, resultaría que los primeros cristianos, aquellos plebeyos, aquellos pescadores se reunían, según Tácito y Suetonio, para comer cuernos de niños.

En cuanto al Sr. Vinader, que me ha dirigido una grande reconvencción, tengo que decirle que es verdad que recibí como todos, de Dios, mi pobre inteligencia; que la recibí, aunque pobre, para la humanidad, y que pienso conservarla sin mancha para que no se aparte de su origen, y consagrarla á la democracia para que no se aparte de su objeto.

Pero debo decir á S. S. que si aquí hay esas pasiones y esas violencias, si aquí es difícil educar al pueblo, si aquí no se puede ejercer bien la libertad, se debe á que vosotros los absolutistas habéis tenido á la nación española inconducida tres siglos al espíritu universal de ciencia, de civilización y de progreso. Sobre vosotros, pues, recae la responsabilidad de todas nuestras culpas.

El señor ministro de ESTADO: Voy solo, señores, á rectificar uno ó dos errores capitales en que ha incurrido el Sr. Castelar. Puedo tranquilizar á S. S. respecto á lo que ha dicho el capitán general de Cataluña. Es cierto que el día antes de aquellos sucesos, cuando se supo lo ocurrido en Tarragona, Barcelona se parecía mucho á Varsovia por lo conternada y triste; pero al día siguiente volvió á ser la alegre capital del Principado.

Con respecto á los clubs, el Sr. Castelar ha sido injusto con las clases conservadoras. Pues qué, ¿no tienen aquí esas clases desde hace muchos años el club del Ateneo? ¿No recuerda S. S. las lecciones, los libros que han salido de ese club? ¿De qué otro club de los que aquí se encuentran ha salido libro ninguno?

Respecto á las predicciones, ha incurrido en otro error el Sr. Castelar. S. S. hace á los partidarios de las ideas del Sr. Vinader responsables de haber tenido al pueblo español en el oscurantismo. Pues si eso es cierto, ¿cómo quieren S. S. al salir de su calabozo le herra en los ojos la luz demasiado brillante de la república federal? No, Sr. Castelar; entre la oscuridad del absolutismo y la luz que mata la debilitada pupila, hay un término, un temperamento medio, como entre el ardor del sol y la lobreguez de la noche está el tenue resplandor del crepúsculo.

El Sr. MADUZ: Diré, señores, pocas palabras, y la razón es muy sencilla: el Sr. Castelar no ha combatido el artículo. S. S. ha llevado la cuestión á otro terreno, y á él no puedo, ni debo, ni quiero seguirle yo.

Pero S. S. ha hecho un gran cargo al partido progresista, y yo debo dirigirme otro. S. S. ha dicho, y el Sr. Vinader ha confirmado, que el partido progresista había sido el autor del asesinato de Bassa. El Sr. Vinader, que es carlista, debiera callar para que no se le recordaran los sucesos de sus parciales en Cataluña. El partido progresista no hizo más que deplorar aquella desgracia; los que le asesinaron no entraron por la puerta que defendía el partido progresista; no solo entraron por otra parte, sino que aquellas

turbas no eran progresistas, como no son republicanos los que hoy han cometido los excesos de Valls; los progresistas, lejos de secundar aquellas turbas, las combatieron, organizaron aquel movimiento que en los primeros momentos tan mal se presentaba, se ofrecieron al Gobierno y movilizaban en una gran parte a sus nacionales para defender la libertad. Véase, pues, si es justo que se dirijan esos ataques al partido progresista.

En cuanto a lo de ser Barcelona una Varsovia, no es cierto. Barcelona sigue como estaba, y no crea S. S. que republicanos eran los que se han defendido en Barcelona. Si hubieran sido los republicanos, el triunfo hubiera costado más. Aquellos eran unos cuantos perdidos, y al defender su causa, véase la causa que defiende su señoría.

Dice el Sr. Castelar que se va. Yo lo siento, pero el hecho es que SS. SS. se van porque no tienen de qué acusar y porque se lo mandan los clubs. Os vais, señores, porque no sabéis resistir á las indicaciones de esos clubs, y eso dá mala idea de vuestro valor, que debiera sobreponerse á sus ruegos para evitar que sus excesos puedan concluir con todos los derechos y con todas las libertades. Vuestra posición es falsa, porque ni estais aquí como legales, parece que tenéis miedo al Gobierno, y ni os marcháis, parece que tenéis miedo á los clubs.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Pocas veces, señores, me he levantado á dirigir la palabra á las Cortes más conmovido y con más profunda pena que lo hago ahora. Tengo, sin embargo, la tranquilidad de la conciencia, y si estoy entristecido, no es por los peligros que pueda correr el país, sino por los males que hoy está sufriendo y ha de sufrir mientras dure la lucha fratricida que en él ha estallado.

Este debate ha tenido siempre gran gravedad; pero ha adquirido más aun desde que se ha declarado que se retiraría lo que resta de minoría republicana federal. Sin duda esta declaración procede de un acuerdo que yo siento; y si un adversario leal puede dar á S. S. un consejo, yo les pediría que no llevaran á cabo un acuerdo que nos va a poner en guerra unos con otros. Yo he hecho siempre lo posible por evitar esa guerra: desde que se han abierto las Cortes no he pronunciado una sola palabra que pueda ofender ni individual ni colectivamente á la minoría. Yo la ruego hoy que piense bien lo que hace, y considere que el Gobierno, si se va de aquí, tendrá que tratar á sus individuos como á enemigos, y á enemigos que no tienen la inmunidad de diputados.

En una situación normal esa medida sería grave; pero cuando hay una parte del país con armas y las partidas están mandadas por algunos individuos de esa minoría, ¿qué quiere decir la retirada de los demás? Quiere decir que ya no creen que deben discutir más; que quieren la guerra. Piénsenlo bien SS. SS.; yo se lo ruego por tercera vez: se lo ruego al ministro, el diputado, el general Prim, en cuyas manos bien saben SS. SS. que no puede perecer la libertad. Yo no quiero verme en el caso de responder al hierro con el hierro, al fuego con el fuego. Reuníos esta noche, y considerad mis palabras, que son de amigo, que son benévolas, que son de un hombre liberal, y adoptad después la resolución que creáis más acertada.

Tócame á mí, señores, resumir el debate, pero no he de entrar de lleno en él después de lo que aquí se ha dicho; me limitaré sólo á tres ó cuatro puntos, y empezaré por decir que el Sr. Castelar ha querido presentar aquí cuáles serían las consecuencias de esta ley diciendo que yo no sabía á dónde iría con la dictadura. Pues yo le diré á S. S. que con esta autorización, que es constitucional y que no constituye una verdadera dictadura, voy á proteger el templo de la libertad, sitiado y amenazado por hombres que se llaman también liberales, y que son tanto más peligrosos, cuanto que han contribuido á levantarlo y saben sus entradas y salidas; voy si puedo á pulverizar á sus enemigos, para penetrar triunfante en ese templo, para subir á su cúpula y para plantar en ella inculme la bandera de la libertad. (Bien, bien).

Y ya lo ha dicho aquí, señores, otra voz que la mía. ¿Dónde habíamos de ir? ¿Quién nos admitiría? No tenemos más camino que el de la libertad, y todos los actos del Gobierno, desde el provisional, manifiestan que no tenemos tendencia alguna hacia la reacción.

Pero S. S. y sus compañeros se quejan de que el Gobierno pida medidas extraordinarias para combatir á la insurrección armada. Pues qué, ¿no saben SS. SS. que cuando estas medidas extraordinarias, más necesarias son estas medidas extraordinarias? ¿No saben SS. SS. que aún hoy están los Estados del Sur sufriendo una ley militar por haberse rebelado hace tiempo contra la

union del Sur y del Norte? ¿No recuerda S. S. que no hace mucho tiempo en Inglaterra, por haber llegado unos cuantos fenianos á Londres, se tomaron medidas sumamente energéticas y que uno de ellos fué ahorcado á los pocos días de haber prendido un barril de pólvora y derribado así un muro de una cárcel?

El Sr. Castelar ha indicado que un soberano extranjero había puesto veto á la elección de monarca en España, y aunque á esto ha contestado ya el señor ministro de Estado, yo debo añadir también que el emperador no sólo no pone ningún veto, sino que ha declarado repetidas veces que tenía grandes simpatías por nuestra nación y que sólo se entrometía en nuestros asuntos si le pedíamos nosotros su intervención ó su consejo.

También ha dicho S. S. que el rey D. Fernando de Portugal rechazó en su día la candidatura para la corona de España que se le ofreció, y que ahora la ha rechazado igualmente su hijo D. Luis. ¿Y acaso debía hacer su señoría este cargo sin enterarse de si el Gobierno ó algún ministro en particular había hecho ese ofrecimiento?

Ni el Gobierno colectivamente, ni los ministros en particular, ni ningún alto empleado diplomático han hecho ni como Gobierno, ni como ministros, ni como diplomáticos, semejante ofrecimiento; y si el rey de Portugal ha creído conveniente escribir cierta carta, estas mis palabras servirán de contestación á S. M. Fidelísima.

El Sr. Pi y Margall pronunció también una frase que no es de las que acostumbraba á decir S. S. tan templado en sus formas. No; la sangre que se derrame no caerá sobre el Gobierno, sino sobre los republicanos que desde el principio vienen excitando á las masas y que ahora mismo están al frente de esas partidas.

Esta tarde voy á concluir rogando á los señores diputados que voten la autorización y asegurando, no á los diputados, que no lo necesitan, sino á todos los españoles, puesta la mano sobre mi espada y sobre mi corazón, declarándoles por mí y á nombre de mis compañeros, que tan luego como se haya pacificado el país, tan luego como haya terminado esta situación, el Gobierno vendrá á dar á las Cortes cuenta de sus actos y á gritar de nuevo ante ellas: ¡viva la libertad!

El Sr. CASTELAR: La gravedad de las circunstancias, y las palabras del señor presidente del Consejo, me obligan á decir algunas, y tengo que responder también á una frase que nos ha dirigido el Sr. Madoz, y con la cual no creo que haya querido ofendernos.

Yo no he cedido nunca á las indicaciones de los clubs que hayan sido contrarias á mi conciencia.

Antes, cuando había impopularidad en resistirlas, yo las he resistido.

Ahora entro á contestar al señor presidente del Consejo. Nobles, generosas, levantadas han sido las palabras de S. S., conformes con la conducta que ha seguido respecto de nosotros. ¡Ojalá S. S. la hubiera llevado á todo el ministerio. Pero no ha sido así, y la primera vez que yo oí que se nos dirigían ciertas invectivas, tuve que decir que aquí no empezábamos una discusión, sino una guerra civil.

Cuando la libertad enardece las pasiones, precisa moderar mucho la palabra desde el poder. Por eso es tan difícil gobernar con la libertad, porque la libertad, ya lo he dicho otras veces, es ruidosa como el océano, agitada como la vida.

Pero, señores, el general Prim nos ha dirigido unas palabras sobre nuestra determinación de retirarnos, á las cuales debo contestar. Esta determinación está tomada por la minoría republicana, y obedeció á grandes razones de dignidad y á grandes ideas que justifican la historia. En las palabras del general Prim hay dos cosas: un consejo y una amenaza. Si queda solo el consejo, yo podré reunir á mis amigos; si subsiste la amenaza, jamás.

En seguida fué aprobado el artículo, é igualmente lo fué el 3.º.

El señor PRESIDENTE: Este proyecto pasará á la comisión de corrección de estilo.

Leído de nuevo el proyecto, se declaró conforme con lo acordado y fué aprobado definitivamente.

Se leyó y quedó sobre la mesa el dictamen de la comisión de actas aprobando la de Zamora y proponiendo la admisión del Sr. Diaz Jubitero.

El señor PRESIDENTE: Orden del día para mañana: los asuntos pendientes.

Se levanta la sesión.

Eran las siete y media.

Las siguientes noticias son tomadas de diferentes periódicos:

«Ha sido cortada la línea férrea de Alcabete en el kilómetro 305, y la línea telegráfica en el

mismo sitio, cuyo siniestro fué protegido por una partida republicana, compuesta de unos 50 hombres, que era activamente perseguida por el gobernador de dicha provincia al frente de dos compañías.

—El diputado Sr. Suñer, acompañado de unos 1,000 hombres regularmente armados, parecía que intentaba dirigirse á Figueras; pero las fuerzas que han salido de dicha plaza en su persecución le superan en número.

—Todo el día de hoy se ha venido asegurando que el Sr. Salvachua y su partida habían sido batidos y dispersados en Algar, punto hábilmente escogido para resistir á las fuerzas que le perseguían.

—Se ha confirmado desde Tarragona la noticia de haberse causado 380 bajas á los sublevados de Valls, entre prisioneros, heridos y muertos. La columna del general Baldrich seguía persiguiéndolos de cerca.

—Entre los veintitantos prisioneros hechos esta mañana á los republicanos fugitivos de Orense, se encuentran, según se dice, los señores Iscar y Roca, que habían ido á promover el levantamiento comisionados desde Madrid.

—En Barbastro reina tranquilidad y se ha publicado un bando concediendo cuatro horas para que depongan las armas los republicanos que vagan por Puebla de Roda y Campo.

—Barcelona está siendo el punto donde se reúnen y refugian casi todas las familias importantes de los pueblos donde se teme la presentación de los republicanos.

—Personas llegadas de San Cugat del Valles, nos aseguran que ayer tarde, el 2, se presentó en aquel pueblo una partida compuesta de unos 40 hombres, mandada por un tal Guillaumet, de Gracia, exigiendo varias cantidades á distintos vecinos, según lista que llevaba, y la entrega de armas bajo apercibimientos por demás fuertes.

—Se ha dado principio por un consejo de guerra á instruir la correspondiente sumaria sobre la desaparición del brigadier D. Fernando Piard.

—Ayer quedó interrumpida la comunicación telegráfica con Barcelona; pero se sabe que no ocurría novedad particular.

—La línea de Andalucía volvió á ser cortada esta mañana por la partida que capitanea Plaza, el cual entró á las cuatro en la Carolina, apoderándose del telégrafo, que cortó, y sorprendiendo á la Guardia civil. Uno de los guardias fué muerto por los republicanos, y los demás arrestados.

—Esta mañana llegó á Lérida el brigadier señor Merelo con su columna, y se dispuso á salir de aquel punto en dirección á la montaña de Monserrat.

—Esta mañana salió para Cataluña el batallón de voluntarios Cazadores de Prim, al mando del Sr. La Riva. Las familias de sus individuos fueron á despedirlos á la estación.

—El diputado Sr. Blanc, parece que se levantó con un batallón de milicianos de Borja y que después se le han unido algunos de otros pueblos. Créese que también le acompaña el Sr. Noguero, con su pequeña partida.

—En Alcabete han sido cortadas las comunicaciones y la capital ha quedado aislada esta mañana, pero en breve quedarán compuestos los destrozos.

—El correo de Andalucía de ayer llegó tarde, por efecto del tiempo empleado en el trasbordo del Vilches; no ocurría novedad que no sea conocida.

—Varios gobernadores que estaban en Madrid con licencia, entre ellos el Sr. Zugasti, que se curaba una pierna dislocada, han regresado á sus puestos inmediatamente.

—Los periódicos de Murcia refieren que en la ciudad había gran alarma, pues desde ella se divisaban grupos de insurrectos, que serían como 500 hombres.

Había regresado una columna que estuvo á la vista de los insurrectos y se tiró con ellos, pero no los batió; la razón que dan de ello dichos periódicos consiste en que los rebeldes estaban á una gran altura. Es verdad que el número de los que atacaban era bastante menor, pero en cambio era grande la ventaja de su armamento.

Se disponía á salir una nueva columna con el Alcañete civil á la cabeza. En la provincia de Alicante había tranquilidad.

—Dice hoy *La Discusión*: «Las noticias de última hora presentan muy grave y serio el movimiento de Cataluña.

Hasta ahora no se confirma la derrota de los insurrectos de Vall. Tampoco la de los insurrectos de Murcia.

Nuevos movimientos en Aragón.

Hoy, á las tres de la tarde, se reúne la comisión de Cortes que entiende en el examen de las cuentas generales. Dicha comisión parece que

se propone esta legislatura dejar despachados todos los trabajos atrasados y corrientes.

PARTE OFICIAL.

MINISTERIO DE LA GOBERNACION.

LEY.

D. Francisco Serrano y Dominguez, regente del reino por la voluntad de las Cortes soberanas; á todos los que las presentes vieren y entendieren, salud: Las Cortes Constituyentes de la nación española, en uso de su soberanía, decretan y sancionan lo siguiente:

Artículo 1.º Se suspenden, mientras dure la insurrección á mano armada, las garantías consignadas en los artículos 2.º, 3.º y 6.º, y párrafos primero, segundo y tercero del 17 de la Constitución del Estado.

Art. 2.º Se autoriza al Gobierno para declarar en estado de Guerra aquella parte del territorio que estime conveniente.

Art. 3.º El Gobierno dará cuenta á las Cortes Constituyentes del uso que hubiere hecho de esta autorización, dominados los sucesos que hicieren indispensable la aplicación de esta ley.

De acuerdo de las Cortes Constituyentes se comunica al regente del reino para su promulgación como ley.

Palacio de las Cortes cinco de Octubre de mil ochocientos sesenta y nueve.—Nicolás María Rivero, presidente.—Manuel de Llano y Persi, diputado secretario.—El marqués de Sardoal, diputado secretario.—Francisco Javier Carratalá, diputado secretario.

Por tanto: mando á todos los tribunales, justicias, jefes, gobernadores y demás autoridades, así civiles como militares y eclesiásticas, de cualquiera clase y dignidad, que lo guarden y hagan guardar, cumplir y ejecutar en todas sus partes.

Dado en Madrid á cinco de Octubre de mil ochocientos sesenta y nueve.—Francisco Serrano.—El ministro de la Gobernación, Práxedes Mateo Sagasta.

PARTE EXTRANJERA.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

PARIS, 5.—La salida del emperador para Compiègne ha sido aplazada hasta el sábado.

BERLIN, 5.—El Banco ha elevado su descuento á 45.

VENECIA, 4.—Esta tarde la emperatriz ha dado un paseo en el gran canal y ha sido el objeto de una ovación entusiasta.

COPENHAGUE, 8.—El discurso real en la apertura del Reichstag manifiesta la esperanza de la incorporación de los dinamarqueses del Schleswig á Dinamarca; espera también que las apreciaciones dinamarquesas, prevaleciendo finalmente en Berlín, causarán una reconciliación drástica entre Dinamarca y Prusia.

PARIS, 4.—El periódico *el Gaulois* dice que la fecha del 29 de Noviembre para la apertura de las Cámaras ha sido fijada con el objeto de responder al deseo de la emperatriz, la cual había dicho repetidas veces que sentiría de vuelta de su viaje. El jueves á las dos de la tarde el emperador saldrá para Compiègne.

En la Bolsa de hoy se cotizó á última hora: El 3 por 100 exterior español, á 26 1/4.—El 3 por 100 francés, á 71-75.—El 4 1/2 id., á 101-00.

PARTE RELIGIOSA.

SANTO DE HOY. San Bruno, confesor y fundador.

SANTO DE MAÑANA. San Marcos, Papa y confesor.

CULTOS.

Se gana el jubileo de Cuarenta horas en la iglesia de Santa Cruz, donde continúa la nove-

nade Nuestra Señora del Rosario. A las diez será la misa mayor con sermón que predicará D. Jaime Cardona, y por la tarde, en los ejercicios, D. Emilio Santa María.

ÚLTIMA HORA.

CONGRESO.

El Sr. Ramos Calderón ha presentado y defendido una proposición, autorizando al Gobierno para que pueda conferir á los diputados cargos y comisiones donde lo crea necesario en estas circunstancias, para sostener el orden.

Después de ligeras aclaraciones por parte de algunos señores diputados, y de acordar las Cortes, á propuesta del Sr. González Alegre, que estos cargos sean honoríficos y gratuitos, fué aprobada la proposición.

Se leyeron y aprobaron varios dictámenes de la comisión de peticiones.

Se aprobó definitivamente en votación ordinaria la subvención á los ferro-carriles gallegos. Habría en el salón unos 70 diputados.

Asimismo se pusieron á votación otras leyes, cuyo contenido no pudimos entender.

El Sr. Gil Virseda pidió que se contaran los diputados asistentes, y resultó no haber bastante número para votar leyes.

Puesto á discusión el dictamen sobre libertad de bancos, D. Cruz Ochoa habló en contra breves momentos.

El señor presidente (García Gómez de la Serna) suspendió la discusión, y se puso una ley á votación definitiva. El Sr. Ochoa pidió que se contaran los diputados y había 23.

No pudiendo votar la ley, continuó la discusión interrumpida, y el Sr. Madrazo contestó brevemente al Sr. Ochoa.

Se aprobaron sin discusión varios artículos del dictamen sobre libertad de Bancos.

No hay en el salón ningún diputado republicano.

TELEGRAMAS.

(De la Agencia Fabra.)

PARIS, 5.—Algunos hombres políticos han recibido cartas de Ledru-Rollin, haciendo creer que podrá aceptar por fin la candidatura que le han ofrecido los colegios electorales de París. La determinación definitiva del antiguo revolucionario depende de una reunión que se celebrará próximamente en Londres.

La Bolsa cerró: El 3 por 100 exterior español, á 25 1/8. El 3 por 100 francés, á 71-35. El 4 1/2 id., á 101-50.

LONDRES, 5.—Consolidados ingleses, de 93 1/8 á 1 1/4.

El telégrafo está ocupado por el Gobierno, y faltan partes de anoche y de hoy.

PARIS, 4.—El periódico *el Gaulois* dice que la fecha del 29 de Noviembre para la apertura de las Cámaras ha sido fijada con el objeto de responder al deseo de la emperatriz, la cual había dicho repetidas veces que sentiría que se abriesen las Cámaras antes que estuviese de vuelta de su viaje.

El jueves á las dos de la tarde el emperador saldrá para Compiègne.

En la Bolsa de hoy se cotizó á última hora:

El 3 por 100 exterior español, á 26 1/4. El 3 por 100 francés, á 71-75.

El 4 1/2 id., á 101-00.

El 5 por 100 italiano, á 52-95.

LONDRES, 4.—Consolidados ingleses, á 93 1/4.

AMSTERDAM, 4.—3 por 100 portugués, á 33-50.

BOLSA DE HOY.

Titulos del 3 por 100 consolidado, publicado, 22-65, 60 y 65; pequeños, 21-50, 23-00 y 25-50; á plazo, 22-55, fin cor. fr.

Titulos del 3 por 100, procedentes del diferido, publicado, 22-20.

Deuda del personal, publicado, 17-00.

Bonos del Tesoro, de 2,000 rs., 6 por 100 interés anual, publicado, 52-75, 80 y 53-00.

Obligaciones generales por ferro-carriles, de 2,000 rs., no publicado, 42-50.

Imprenta de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL,

Pelayo, 34,

á cargo de R. Labajos y Arenas.

Tanto los anuncios, como igualmente los comunicados, se insertarán á precios convencionales.

SECCION DE ANUNCIOS.

Rebaja á las corporaciones, sociedades mercantiles y á las particulares que anuncien periódicamente.

VINO DE SALSEPAREILLE
BOLS D'ARMENIE
CH ALBERT

La composición de este vino es esencialmente vegetal, constituyendo por sus propiedades tónicas y depurativas el más precioso agente terapéutico empleado para la curación de las enfermedades secretas mas inveteradas, así como de las ligas, granos, empíes, escrófulas, vicios de la sangre, etc.

Los bols cuentan treinta años de éxito universal: es un remedio sencillo, fácil de tomar, infalible para la curación pronta y radical de las enfermedades contagiosas de ambos sexos, gonorrreas recientes ó antiguas y flores blancas.

PARIS, rue Montorgueil, 10.

En Madrid, Sres. Borrell hermanos, Escolar, A. Just, Moreno Miquel y Sanchez Ocaña Barcelona Borrell hermanos, viuda de Padro y D. Ramon Cuyas.—Valencia Vicente Mariu.—Sevilla, viuda de Troyano.—Cádiz, S. Jordan.—Málaga, P. Plorougo.—Murcia, Lucas Serrano.—Zaragoza, R. Rios Blanco.

SILIO MARCIO,

EPISODIO
DE LOS PRIMEROS SIGLOS DEL CRISTIANISMO,
POR
D. MANUEL TIROYANO Y RISCOS.

Esta preciosa novela de 165 páginas, escrita expresamente para EL PENSAMIENTO ESPAÑOL y publicada con aceptación general en nuestro folletín, se vende en Madrid á CUATRO reales vellón, y para provincias franca de porte á CINCO.

El autor cede el producto líquido de esta novela, después de cubierto el coste de impresión, á favor de Nuestro Santísimo Padre Pio IX para los gastos que le ocasione la celebración del próximo Concilio general.

Los pedidos se harán á la Administración de EL PENSAMIENTO acompañando el importe, sin cuyo requisito no se servirá.

EL CATOLICO.

PERIODICO RELIGIOSO, CIENTIFICO Y LITERARIO.
Se publicará por ahora en los días 1, 8, 15 y 22 de cada mes. Regala á los suscriptores un *Compendio de Historia eclesiástica*. Haciendo la suscripción en Madrid, calle de la Justicia, 35, cuesta 10 rs. trimestre y 40 al año; haciéndose en casa de los corresponsales de provincia, 12 trimestre y 48 al año. En Ultramar y extranjero 3 100 rs. al año.

CIGARROS INDIOS
DE CANNABIS INDICA
GRIMAULT Y C.ª FARMACEUTICOS EN PARIS

Recientes experiencias, hechas en Viena y en Berlin, repetidas por la mayor parte de los médicos alemanes y confirmadas por las notabilidades médicas de Francia y de Inglaterra, han probado que, bajo la forma de Cigarros, el Cannabis indica ó cáñamo indio era un específico de los mas seguros contra todas las enfermedades de las vías de la respiración.

Depósitos en Madrid: Sres. Simon, Borrell hermanos, Uzurru, Moreno Miquel Escolar, Sanchez Ocaña y Saavedra.

NUEVO VENDAJE ligero con reguador para la curación de las hernias, no se encuentra sino en casa del caballero Enrique Biondetti, honrado con 16 medallas. Paris, 48, rue Vivienne, cerca del boulevard —(A 2950)

PILULE DEHAUT

Esta nueva combinación, fundada sobre principios conocidos por los médicos antiguos, llena, con una precisión digna de atención, todas las condiciones del problema del medicamento purgante. Al revés de otros purgantes, este remedio, que es tan seguro como muy bueno, alivia el paso que no lo es el agua de Sedlitz y otros purgantes. Es fácil arreglar la dosis, según la edad y la fuerza de las personas. Los niños, los ancianos y los enfermos debiles que soportan sin dificultad cada cual escoge, para purgarse, la hora y la cantidad que mejor le convengan según sus ocupaciones. La molestia que causa el purgante, estando completamente anulada por la buena alimentación, no se halla reparo alguno en purgarse, cuando haya necesidad. Los médicos que emplean este medio no encuentran enfermos que se nieguen á purgarse no por temor de mal gusto ó por temor de debilitarse. Véase la Instrucción. En todas las buenas farmacias. Cajas de 20 rs., y de 10 rs.

CAFES Y TÉS
DE LA
COMPANIA COLONIAL.

Antigua es la nombradía de estos cafés y tés, habiendo sido la Compañía Colonial la que presentó en sus establecimientos, hace catorce años, los abundantes y delicados surtidos que hacían falta en esta capital.

LOS CAFES proporcionan al consumidor la economía de una tercera parte en el gasto, por el aumento de fuerza y aroma que resulta de la elección de los cafés en verde y del método especial de tostado que se emplea.

CINCO SON LAS CLASES DE CAFES que siempre se encuentran disponibles en los establecimientos de la Compañía.

La clase de 6 rs., en paquetes de una libra, y las de 8, 9, 10 y 16 rs., en paquetitos de 4 y 8 onzas.

LOS TES disfrutan de igual nombradía y superioridad.

El surtido de la Compañía en este interesante ramo, es verdaderamente excepcional en España.

La venta se hace por paquetes de 2, 4 y 6 onzas. También se hace por libras y onzas.

DEPÓSITO GENERAL, CALLE MAYOR, 18 y 20.
SUCURSAL, MONTERA, 8.
MADRID.

LA COMERCIAL.
Barguillo, 28, bajo, derecha.

Compa Banco de Economías, pagando más los títulos color de rosa, cedulas de La Nacional, Crédito Comercial, Obligaciones de La Peninsular y polizas de otras compañías que convengan.

(Núm. 736 — 8 G.)

OBRAS
DE DON MANUEL MENDIA.
Psicología e higiene, 6 rs. en Madrid y 7 en provincias.
Aritmética decimal analítica, 2 rs.
Librerías de Cuesta, Hernando, Moya y Plaza y otras principales. Rebaja por mayor, dirigiéndose á D. A. Avrial, Fuentes, 12, Madrid.
(Núm. 240.—3 v.—3, 10, 16.)

LA HONRA DE CÁDIZ,
POR
UN INCONSEQUENTE LIBERAL.
Se ha publicado la segunda edición corregida de este notable folleto, que se vende á 3 rs. en Madrid y 4 en provincias.
Puntos de venta. Madrid: librería de Tejado, Arenal, 20; Olamendi, Paz, 6, y Durán, Carrera de San Gerónimo, 8.
Provincias. Viuda de Zamora, Granada.—Viuda de Subirana, Barcelona.—Polo, Burgos.—D. Juan Nuevo, Valladolid.—Administración de La Bandera Católica, id.—D. Bernardino Robles, Vitoria.—Sr. Izquierdo, Sevilla.—D. José Comín y viuda de Heredia, Zaragoza.—Sanz y viuda de Badal, Valencia.—D. Felipe Guaps, Palma de Mallorca.—D. Ramon Pazo, Santiago.—D. José Ramon Perez, Orense.—D. Eduard Garcia, Tarragona.

LA NUEVA CRITICA.
ANTE LA CIENCIA Y EL CRISTIANISMO.
CONFERENCIAS DEL P. Félix en 1864.
Folleto de 462 páginas, cuesta 4 rs. en Madrid y 5 en provincias en la administración de «El Pensamiento Español», Pelayo, 34 y 40.